

CAPITULO I**EN TORNO A LA TEORIA DE LA CULTURA Y LA COMUNICACIÓN**

A).-La cultura.

“La cultura no salva nada ni a nadie, no justifica. Pero es un producto del hombre en el que éste se proyecta y se reconoce; sólo ese espejo crítico le devuelve su imagen”.

Jean Paul Sartre

El acercamiento al concepto de cultura tiene, para los objetivos metodológicos de nuestro trabajo, un sentido primordialmente de ubicación teórica. De ninguna manera intentaríamos realizar un recorrido por los antecedentes, la historia, la trascendencia o los usos disciplinarios del concepto. Esta tarea constituye por sí misma una labor de estudio singular por su riqueza, pero al mismo tiempo por su amplitud y polivalencia semántica. Para los fines que pretendemos, consideramos que no se precisa de un planteo o un seguimiento cronológico, ni mucho menos de carácter histórico. Un dato ilustra la amplitud de la temática: en los albores de la década de 1970, hasta ese entonces, se contaba con un registro de más de 250 definiciones en torno al término **cultura**, y por supuesto, con una muy diversificada gama de sentidos, connotaciones, significaciones y utilizaciones. Y eso que aún faltaban años para que se pusiera en boga la llamada globalización, entre los efectos expansivos de la informática, la cibernética y las nuevas tecnologías de la comunicación, que han prohiado, por lo menos, nuevas concepciones y nociones sobre la cuestión. Así que buscar y pretender una proposición plenamente definida y acabada o un hallazgo disciplinario y paradigmático, con validez científica irrefutable, tampoco son precisamente las intenciones en este apartado en torno a la cultura, de ésta que, de hecho, empieza a gestarse como elaboración social y humana prácticamente con el surgimiento mismo del hombre en cuanto tal.

Más bien busquemos puntualizar los fundamentos teóricos primordiales, de los cuales partimos, y desde nuestra perspectiva, rumbo a la consecución de los fines esenciales de esta investigación, relativa a un fenómeno cultural contemporáneo. Y éste se inscribe como parte o efecto también de la comunicación masiva y la industria cultural, y cuyo componente distintivo es el de la transgresión. Se trata de un objeto cultural --la producción, el tráfico y el consumo de drogas ilícitas-- surgido y expandido sobre un contexto socioeconómico y político que ha permitido su bonanza y fortalecimiento como industria --que aporta hoy considerables recursos a la economía nacional--, y en el marco mediático de una intensa producción y emisión de discursos ideológico-simbólicos que tienden, en los fondos discursivos, hacia la justificación implícita y hasta la promoción de ciertas facetas de la actividad de frente a los receptores culturales. Y éstos, a su vez, han participado activamente tanto en la decodificación y asimilación de los artículos culturales como en la codificación --a través de la magnificación, la mistificación o la mitificación de la parafernalia del fenómeno--, a partir de su protagónico papel de consumidores, de bienes y contenidos, dentro del amplio, intrincado y complejo ciclo cultural de la comunicación de masas. El imaginario colectivo sinaloense y las representaciones sociales en torno a la problemática, han sido construidas socialmente, de forma similar y de algún modo paralelamente, a como ha venido gestándose el poder real y concreto de la industria de las drogas ilícitas, fenómeno en el que se han involucrado grupos y segmentos sociales diversos, instituciones públicas y privadas y la propia población receptora.

Lo anterior puede esquematizarse en función de cuatro aspectos, como componentes fundamentales de todo fenómeno, hecho o símbolo de la cultura:

- 1)El mundo social.**
- 2)El objeto cultural.**
- 3)La producción de sentidos.**
- 4)La recepción cultural.**

Los cuatro aspectos conforman los vértices relacionantes del denominado **diamante cultural**, concepto acuñado por la autora norteamericana Wendy Griswold, y que Gilberto Giménez retoma y formula teóricamente como método analítico, aunque en este caso en el marco más amplio de la concepción estructural de la cultura (que explicitaremos más adelante). Se trata de un esquema de cultura y comunicación, que hace énfasis o que parte de la vital, expansiva y trascendente transformación ocurrida en la sociedad moderna, en virtud de la presencia en todos los órdenes, ámbitos y esferas sociales, de los medios masivos de comunicación, con sus infraestructuras y aditamentos tecnológicos. En la fórmula del **diamante cultural**, los aspectos de análisis --contexto o mundo social, hecho simbólico, medios de producción y comunicación y públicos perceptores--, son no sólo partes integrantes de los fenómenos culturales, sino elementos dinámicos, en donde las acciones de los cuatro polos o vértices afectan e impactan dialécticamente sobre la naturaleza, los espacios y las dimensiones específicas de cada uno de ellos. Es decir: no se trata de los clásicos esquemas informativos como los de Harold Lasswell, Charles R. Wright, Wilbur Schramm y Shannon y Wiener (sustentados en la relación unidireccional de emisor, medio y receptor), concebidos en un sentido mecánico con emisores activos, medios estables y receptores pasivos, sino de una relación conceptual más compleja y dinámica de los procesos comunicativos y culturales en los que por ejemplo la recepción es una esfera en la que tiene lugar una significativa labor de interpretación, reinterpretación y hasta creación; es decir, los receptores pueden tener, o desempeñan de facto, un papel activo en el proceso general de la comunicación.

Además, en los fondos de la trama del mundo social, los mecanismos primarios de socialización e interacción propios de la vida cotidiana --mediante pautas, normas, hábitos, inculcaciones, modelos y ejemplos familiares, amén de los roles diferenciados que juegan los intercambios grupales y vecinales, las prácticas

comunicativas del trabajo o de la escuela, así como las relaciones dialógicas “cara a cara” que se verifican dentro de la comunicación interpersonal-- desempeñan una función sustantiva de aprendizaje, reiteración, sedimentación y cohesión cultural básicas, relativas a las formas comunes de sentir, captar, ver y concebir las razones cercanas, vitales, inmediatas y pragmáticas de la naturaleza y los fines de las actividades humanas.

1.-La diversidad conceptual.

Por lo pronto, y de acuerdo a Katz, Doria y Costa Lima (1980), los sentidos tradicionales de la concepción sobre la cultura son básicamente los siguientes: como obra opuesta al mundo natural; como el conjunto de conocimientos, comportamientos y bienes materiales producidos por una sociedad determinada; y como sistema relativamente autónomo frente al sistema socioeconómico. Y entre un sinnúmero de proposiciones ha destacado la percepción que la ha ubicado como el estadio o la esfera humana de los conocimientos elitistas y abstractos más elevados, espiritualmente, que han sido capaces de generar los “genios”, los “iluminados” o los “elegidos” de los Dioses y de la sociedad, paradigma que se adopta en la Ilustración y que tiene que ver en esencia con un mundo ideal y teleológico, pleno de ilusiones y utopías, pretendidamente perfeccionista, sublime y superior de los ámbitos de la creación y del arte. Pero todas estas diferentes perspectivas han sido exploradas con profusión por varias disciplinas, produciendo así tantas propuestas, enfoques y tendencias teóricas particulares, prácticamente en función de los autores que se han ocupado del tema, sea en la literatura, en la filosofía, el psicoanálisis, las ciencias sociales, la historia, la economía, la antropología y la ciencia en general.

Pero acaso la pluralidad de intereses en torno a su estudio, revele por sí misma la importancia que reviste la cultura como manifestación inevitable de la totalidad de lo que el hombre ha agregado a la naturaleza. Las visiones puristas, extremosas y apocalípticas sobre la naturaleza de la cultura, y del arte, proscribían, de hecho, la creación cultural dentro de los ámbitos de los sectores populares. En éstos, las características de sus elaboraciones eran más bien estigmatizadas, desde las perspectivas etnocentristas, elitistas y aristocratizantes, en relación con lo “incivilizado”, lo “bárbaro”, lo “bestial” y hasta lo “demoníaco”; aunque cuando a las producciones populares se les veía de forma tolerante y benigna, se les

endilgaban epítetos vinculados a los ámbitos del folclor, y que se identifica con lo “curioso”, lo “simpático” o hasta lo “exótico”.

Incluso hoy todavía causan debate y escozor las posiciones estridentistas, literarias y ensayísticas de autores como T. S. Eliot o José Ortega y Gasset en torno a la irrupción de las masas que pretendidamente atentaron contra la perfección y lo sagrado del paradigma artístico. Los textos de Ortega, **La rebelión de las masas** o **La deshumanización del arte**, expresan, en el fondo, posiciones aristocratizantes; en realidad, tales posiciones no dejan de ser anecdóticas, o en todo caso curiosidades polémicas de los ámbitos ligeros de la literatura. Pero fue la propia Escuela de Frankfurt, principalmente a través de de Theodor Adorno y Max Horkheimer, que alertó contra la desacralización, la “degradación” y la vulgarización de la cultura. Un texto central ha sido **Dialéctica del iluminismo**, que ejerció una fuerte influencia en los estudios críticos, y generalmente contestatarios, relativos a la sociedad y la cultura de masas y a los productos generados en la mercantilización, comercialización, fetichización y trivialización que habrían traído consigo, supuestamente, la industrialización y la modernidad del mundo. En esta perspectiva apocalíptica, la aparición, el arribo o el desbordamiento de las multitudes profanas habrían invadido los ámbitos, los espacios y los intereses otrora reservados a las élites; la conformación en suma de la sociedad masificada, fustigadas las muchedumbres además por las acciones difuminadoras, socavadoras y expansivas de los medios masivos de comunicación, eran constitutivas de un “letal” atentado contra la sacralidad del cultivo del espíritu, de la estética, de la belleza, del arte y la cultura. Decían los frankfurtianos:

“La regresión de las masas consiste hoy en la incapacidad de oír con los propios oídos aquello que aún no ha sido oído, de tocar con las propias manos algo que aún no ha sido tocado, la nueva forma de ceguera que sustituye a toda forma mítica vencida...Los remeros que no pueden hablar entre ellos se hallan esclavizados todos al mismo ritmo,

así como el obrero moderno en la fábrica, en el cine y en el transporte. Son las concretas condiciones del trabajo en la sociedad las que producen el conformismo, y no impulsos conscientes que intervendrían para estupidizar a los hombres oprimidos y desviarlos de la verdad...”¹

La crítica de los miembros del Instituto de Investigación Social de Frankfurt se mantuvo constante en las distintas áreas de estudio a las que se abocaron. Y otro de sus destacados integrantes, Herbert Marcuse, fue también punzante en su análisis de la sociedad mediatizada. Puntualizó que

“Si las comunicaciones de masas reúnen armoniosamente y a menudo inadvertidamente el arte, la política, la religión y la filosofía con los anuncios comerciales, al hacerlo conducen estos aspectos de la cultura a su común denominador: la forma de mercancía. La música del espíritu es también la música del comercio. Cuentan los valores de cambio, no los valores de la verdad. En ellos se centra la racionalidad del **status quo** y toda racionalidad ajena se inclina ante ellos”.²

Sin embargo, sobre este amplio entramado de posiciones, nociones y concepciones, aún llaman la atención dos perfiles que engloban la discusión “ideológica” en torno a los estudios culturales: la de quienes han sido denominados como “críticos ilustrados”, cuyo paradigma en efecto es el arte, y la de los “folcloristas románticos”, en general ubicados en los escenarios de la izquierda política, que han propugnado y definido a la cultura, y su validez, en función no sólo de su naturalidad y espontaneidad, sino sobre todo de la **autenticidad** y la **pureza** de sus raíces y orígenes ³.

En la línea “romántica” han desempeñado un papel central una suerte de nacionalismo, regionalismo y hasta chauvinismo cultural, que se enfoca hacia una pretendida labor de rescate, revaloración y redignificación de las expresiones

¹Max Horkheimer y Theodor Adorno (1969), **Dialéctica del iluminismo**, Ed. Suamericana, Buenos Aires, p.

² Herbert Marcuse (1981), **El hombre unidimensional**, Ed. Joaquín Mortiz, México, p. 78.

³ Jesús Martín-Barbero (1987-A), **Procesos de comunicación y matrices de cultura**, Ed. FELAFACS-Gustavo Gili, México, pp. 194-196.

étnicas, folclóricas, populares, costumbristas, tradicionales y marginales, incluidos los acervos históricos de tipo patrimonial. De tal manera que estas realizaciones y manifestaciones han sido identificadas, por encima de detalles o defectos, como la más pura, noble y auténtica expresión del espíritu o del alma “nacional” y de los pueblos. Es decir, aquello que ha permanecido un tanto distante, o lo que en principio no nació junto a las pasarelas y corredores de la cultura de masas, mediante la **valoración simbólica**, es objeto de una estrategia para adecuar tales vestigios primigenios como ofertas culturales puras y auténticas, a lo que, no sin dejos de actitudes moralistas, ideológicamente interesa a ciertos segmentos políticos; esta propuesta ha sido usada como alternativa frente a los escenarios y los productos propios de la modernidad y de la sociedad de masas. Sin embargo, al paso del tiempo, y en el marco de los procesos de la hegemonía cultural y de las luchas simbólicas, la industria de la cultura ha efectuado también su propia labor de reappropriación, resemantización, utilización y manipulación de las aportaciones creativas provenientes de los sectores populares y tradicionales, en lo que ha constituido sobre todo una tendencia de **valoración económica**.

En este proceso ha imperado lo que Martín-Barbero denomina como la “razón dualista”. Aunque esta concepción ha evolucionado y el mundo, en parte, ha dejado de ser visto como una representación de dos tonalidades, en blanco y en negro, o como una entidad de buenos y malos --en donde se confrontan y excluyen el pasado y el presente, y sobre todo los extremos de la prehistoria y la posmodernidad--, sin embargo, las percepciones y las valoraciones en tales sentidos aún empañan y perturban a la vida social y juegan incluso un papel importante en el diseño de las políticas culturales de los Estados nacionales. En esta “razón dualista”, para el caso latinoamericano, se ha manifestado, por un lado,

“un nacionalismo populista obsesionado con el “rescate de las raíces” y la pérdida de la identidad, una identidad a buscar por supuesto en el

mundo indígena rural aunque la inmensa mayoría de la población viva ya en la ciudad, pues las masas urbanas nada tendrían que ver con ella, su contaminación cultural y política haría de ellas la negación misma de lo popular. Del otro, un progresismo iluminista que sigue viendo en el pueblo, en su naturaleza indolente y supersticiosa, el obstáculo fundamental al desarrollo”.⁴

Empero, más allá de las discusiones que siguen dándose en torno a los frentes y los proyectos de la cultura, y que encuentran eco y aplicación, sin duda, en las estrategias económicas globales de la industria cultural y en las políticas gubernamentales, el análisis ha de trasladarse de la ideología a la teoría, lo cual nos permitirá introducirnos con mayor fundamento y pertinencia en los aspectos temáticos de nuestro objeto de estudio, que en este caso particular van de la iconografía y la etnografía de la desviación social, al “narcocorrido”, al discurso y el estilo de los medios impresos de comunicación, hasta los aspectos que se reflejan y materializan en el amplio abanico de la esfera de las artes. De algún modo, los escenarios y retablos culturales sinaloenses son un museo vivo y dinámico que se refiere, en parte, a la transgresión sociocultural. Desde su peculiar óptica analítica positiva, que lo ubica entre los enaltecedores de la cultura de masas, el propio Daniel Bell ha externado que el mundo de la cultura es el campo del “simbolismo expresivo”, que trata de explorar y expresar “los sentidos de la existencia humana”. De tal manera que, afirma el teórico canadiense, tanto para una sociedad, como para un grupo o para una persona, la cultura implica **un proceso continuo**

“de sustentación de una identidad mediante la coherencia lograda por un consistente punto de vista estético, una concepción moral del yo y un estilo de vida que exhibe esas concepciones en los objetos que adornan a nuestro hogar y a nosotros mismos, y en el gusto que expresa esos puntos de vista. La cultura es, por ende, el ámbito de la

⁴ Jesús Martín-Barbero (1987-B), **De los medios a las mediaciones. Comunicación, cultura y hegemonía**, Ed. Gustavo Gili, México, p. 205.

sensibilidad, la emoción y la índole moral, y el de la inteligencia, que trata de poner orden en esos sentimientos”.⁵

Cabría precisar que “el hogar” puede ser el entorno particular, el barrio, la colonia, la ciudad, la región, así como el “nosotros mismos” puede ser visto como el **hábitat** en el que se encuentra inserto el individuo y del cual forma parte. La concepción de Bell pone el acento en los aspectos estéticos y artísticos y pareciera dejar fuera lo que se encuentra distante del “consistente punto de vista estético”. Esto implicaría que la mayor parte de la obra de la sociedad --como las manifestaciones y productos de vertiente popular y masiva-- difícilmente alcanzarían los rigurosos y consistentes cánones de tal estética. Sin embargo toma en consideración a los artefactos y objetos en tanto artículos de la cultura, así como aspectos subjetivos de diversa índole, que van desde los sentimientos primarios, innatos, hasta los relacionados con el “gusto”, la educación y la adquisición de normas y patrones sociales y culturales, en lo que implica un proceso continuo de fortalecimiento y sustentación de una identidad.

Pero más allá de lo contradictorias y polémicas que puedan resultar las distintas ideas, nociones y tendencias en relación con la cultura, por lo menos resulta importante resaltar la diversidad conceptual, lo que habla paradójicamente del vigor y la fuerza de las manifestaciones simbólicas y significativas, es decir culturales, que ocupan o están presentes en los escenarios políticos, económicos, sociales y comunicativos en el mundo contemporáneo. Porque la cultura como “todo un modo de vida”, no se refiere sólo a los hábitos y los productos elitistas, sino a todas las formas y procesos cotidianos, dice el teórico inglés John Tomlinson, quien cita a Raymond Williams:

⁵ Daniel Bell (1989), **Las contradicciones culturales del capitalismo**, Ed. Alianza-CONACULTA, México, p. 47.

“Las preguntas que hago son sobre nuestros propósitos generales y comunes, pero también sobre los significados personales profundos. La cultura es ordinaria, en cada sociedad y en cada individuo”.⁶

De una manera muy práctica, que nos permite ubicar rápidamente los alcances del concepto, y advirtiéndolo que nunca dejamos de “hacer economía”, por ejemplo, para “hacer cultura”, Tomlinson describe que para empezar puede entenderse a la cultura como un “orden” de vida donde los hombres

“conferimos significados a través de la representación simbólica...Muy en lo general, si hablamos acerca de lo económico, nos referimos a los usos mediante los cuales se producen, intercambian y consumen los bienes materiales; si analizamos lo político, aludimos a las costumbres mediante las que el poder se concentra, distribuye y despliega en las sociedades, y si nos referimos a la cultura, queremos decir las maneras en que le damos un sentido a nuestra vida, individual y colectivamente, al comunicarnos unos con otros”⁷.

Aunque no propiamente en esta misma tesitura, en virtud de su proclividad por la cuantificación como metodología elemental de localización e identificación de los acervos y objetos culturales, empero vale la pena destacar una propuesta estructuralista sobre el concepto cultura. Un autor francés ha definido sintéticamente que ésta se expresa

“como el material esencial del pensamiento, como un haber, un contenido, un existente, con respecto a la vida del espíritu. Materia del pensamiento, la cultura representa lo que es, y el pensamiento lo que se hace con ello: el pensamiento es el devenir de la cultura”.⁸

Añade el teórico francés que la cultura posee dos dimensiones: su **extensión** y su **densidad**. La primera se refiere al espacio, a la cantidad, a la trascendencia; la segunda, a la fuerza, la profundidad y la calidad que pueden llegar a adquirir, en su

⁶ John Tomlinson, (2001), **Globalización y cultura**, Ed. Oxford University Press, México, pp. 22-23.

⁷ **Ibid**, p. 21.

⁸ Abraham A. Moles (1978), **Sociodinámica de la cultura**, Ed. Paidós, Buenos Aires, p. 32.

caso, el conocimiento y los fenómenos culturales. Así que esta concepción puede ser útil en el sentido, básicamente, de la identificación de ciertas expresiones o elaboraciones significativas de nuestro objeto general de estudio. Puesto que los efectos de la problemática central que nos ocupa en esta investigación, de muchas maneras se observan “irrigados” en los escenarios y múltiples ámbitos de la cultura, y que se muestran con claridad en facetas diferenciadas de la comunicación y la vida pública en la sociedad sinaloense, e incluso fuera de ella, más allá de sus fronteras regionales imaginarias. La economía y la política, y particularmente los ámbitos relativos de la comunicación y la cultura como la prensa, los cómics, la radio, el cine, la televisión, la literatura, la música, las artes plásticas, y los afiches iconográficos de corte popular, reflejan y exhiben, en distintos grados, los datos, los hitos, los guiños, los rescoldos sónicos y los legados simbólicos de lo que hemos denominado, grosso modo, como la “narcocultura”.

De tal manera que los fenómenos culturales pueden ser aprehensibles, de acuerdo a la lógica de identificación y medición cuantitativa. Sobre la base del registro de hechos y obras objetivas de la cultura, además de la observación rigurosa de los contenidos de tales obras, la cultura, y el “espíritu” de la misma, pueden ser cuantificables y medibles. Sin embargo, lo que primordialmente nos interesa aquí es la posibilidad de que los acontecimientos culturales puedan ser mirados, analizados y valorados en su significación e interpretados, en tanto representaciones sociales y objetos de estudio con contenidos simbólicos; no únicamente en virtud de sus propias dimensiones realizadas, de los espacios alcanzados, de los impactos sociales producidos, de las redes socioculturales bordadas y umbilicadas unas con otras, y que se concretan y cristalizan en escenarios, elementos, información, datos y proposiciones que contienen los mismos sucesos, modelos o edificaciones culturales. Importan también porque, en tanto hechos que son textos con tramas y fondos diversos que entre sus formas expresan, en el proceso de incesante

interacción social y comunicativa, a la trascendencia sociocultural del hombre y la humanidad.

De tal suerte que la cultura puede aparecer, dada su condición metafórica de “materia del pensamiento”, como el rostro, la piel, la carne y las entrañas, o el texto y la estructura de la sociedad, factibles éstas de ser identificadas, y en función de sus atribuciones simbólicas, interpretadas y comprendidas en sus potenciales y múltiples sentidos y “secretos”. Porque resulta obvio que un objeto cultural determinado puede contener, por ejemplo, variados y hasta contradictorios sentidos; y éstos serían no sólo atribuibles, en el descentrañamiento de los significados, a los mecanismos de análisis y tipos de interpretación, sino al acto mismo de origen, fundación o conformación paulatina e histórica del elemento simbólico. Y esto tiene que ver con el contexto social, los intereses de clase, las motivaciones y los fines particulares de las instituciones y los sujetos que han intervenido en la gestación, formación, condensación, emisión, transmisión y recepción simbólica precisamente de los fenómenos y los objetos culturales. Es decir: el producto o el objeto cultural en estrecha relación con las otras tres esferas comunicantes del **diamante cultural**.

Entre las diferentes percepciones en torno a la cultura, sus contenidos y sus manifestaciones, destacan desde la perspectiva social, el espacio social y el tiempo histórico como factores de conformación de los fenómenos culturales. Sociedad e historia constituyen los amplios marcos a través de los cuales los hombres van gestando y construyendo su devenir, así como las visiones sobre el mundo y sobre sí mismos. El sociólogo Salvador Giner, al describir que la cultura puede ser vista como “un conjunto relativamente integrado” de ideas, actitudes, cuestiones éticas y procedimientos y modos de vida, sostiene que ésta, con su lenguaje, o con sus lenguajes, se refiere a los

“conocimientos, valores y pautas de conducta que han sido **socialmente aprendidos**. La cultura, pues, requiere un proceso de aprendizaje, el cual es social, lo que no sólo quiere decir que nace de la interacción humana, sino que la cultura consiste en patrones compartidos por una colectividad. Aunque estos patrones o pautas sean forzosamente abstractos --pues no sólo sabemos cosas específicas sino que conocemos conceptos y principios, sabemos generalizar y somos capaces de inducir y deducir causas y efectos-- la cultura se manifiesta siempre en conducta concreta y en resultados”.⁹

En este orden de ideas, y en lo que concierne a las tradiciones culturales, buena parte de la sociedad sinaloense tiene una clara predilección, para explicitar un ejemplo, por la música de banda y la tambora. Constituida ya, en efecto, como una tradición, ésta empezó a ser cultivada hace un poco más de un centenar de años, cuando fue introducida a México, y a Sinaloa en particular, por los inmigrantes europeos y específicamente alemanes; sin embargo, el gusto por este género musical se ha reafirmado al paso de los años, transformándose al mismo tiempo en una creación representativa, con una densa carga identitaria y con aditamentos y componentes de varia significación; mediante el género también puede ubicarse e identificarse sociogeográficamente, de cierta manera, a la población del estado, lo cual habla de la fuerza adquirida por esta joven tradición. En los sectores rurales y urbanos la música de banda forma parte indispensable del quehacer festivo, cuasi institucionalizado por los poderes fácticos y formales de los municipios, sindicaturas y comisarías ejidales. Se advierte popularmente que no hay pueblo que se respete que no tenga una banda para amenizar las principales celebraciones y jolgorios laicos, religiosos y familiares de la comunidad.

Podría decirse que alguna parte del “espíritu” regional en materia de abstracciones artístico musicales se ha concretado en esa peculiar manifestación de la cultura, con todo y su parafernalia de alegría y escándalo de altos decibeles compulsivos y desbordantes. Otro de sus resultados: a pesar de que su origen no es

⁹ Salvador Giner (1998), *Sociología*, Ed. Península, Barcelona, pp. 74-75.

“auténticamente” regional, el sonido suele ser percibido, escuchado y evocado como si fuese enteramente una creación primigenia, nacida desde las raíces, veneras y afluentes socioculturales de la población sinaloense. Y como suele suceder en la sociedad de masas, hoy el producto, en la mixtura e hibridación de sus formulaciones, ha rebasado fronteras, se ha instalado entre las órbitas del espectáculo y la comercialización, se ha internacionalizado y modernizado, imbricándose de tradiciones, moda y tecnología, con los auspicios de la industria de la cultura y de los medios masivos de comunicación que refuerzan gustos, valores y hábitos de los perceptores. Y es que presencia, recurrencia y asimilación son algunas de las características, entre otras, de los fenómenos de la cultura.

Trascendiendo precisamente las percepciones dualistas, antagónicas, esquemáticas e ideologizadas de la cultura, la mezcla y la hibridación de los rasgos y los valores constituye un aspecto esencial de la conformación cultural. El concepto de “hegemonía” de Antonio Gramsci es ilustrativo para comprender los procesos en los que están en juego y en disputa no sólo los estudios teóricos de los fenómenos culturales, sino los derroteros de la existencia misma del hombre y de la civilización. Por ello resulta necesario y posible reflexionar y ubicar la conflictiva de la dominación social, ya no como una magna acción impositiva, y maquiavélica, que se realiza desde las alturas superestructurales de un poder omnisciente --con activos emisores de inmanencias pérfidas-- que todo lo determina, moldea y manipula (al supuesto mundo pasivo de los receptores), según consignaban los planteamientos esquemáticos de la cibernética o de las primeras teorizaciones críticas de la Escuela de Frankfurt, temáticas que retomaremos más adelante en el apartado específico sobre la comunicación. En este sentido, explica Martín-Barbero, es pertinente y posible pensar el proceso de dominación social, no precisamente como una simple imposición desde

“un **exterior** y sin **sujetos**, sino como un proceso en el que una clase hegemoniza en la medida en que representa intereses que también reconocen de alguna manera como suyos las clases subalternas. Y “en la medida” significa aquí que no **hay** hegemonía, sino que ella se hace y deshace, se rehace permanentemente en un “proceso vivido”, hecho no sólo de fuerza sino también de sentido, de apropiación del sentido por el poder, de seducción y complicidad. Lo cual implica una desfuncionalización de la ideología --no todo lo que piensan y hacen los sujetos de la hegemonía sirve a la reproducción del sistema-- y una reevaluación del espesor de lo cultural: campo estratégico en la lucha por ser espacio articulador de los conflictos”.¹⁰

En esta tesitura temática, y basándose en diferentes autores, desde la década de los cuarenta George Peter Murdock había destacado ya cuatro factores que formaban parte sustantiva de la cultura, o que estaban impregnados en el concepto: capacidad de formar hábitos, vida social, inteligencia y lenguaje, y sobre estos factores enumeraba las que a su juicio son las características primordiales de aquella, que es siempre: aprendida, inculcada, social, ideativa, satisfactoria, adaptativa e integrativa. En función de estas siete características las culturas en términos generales, “a pesar de su diversidad histórica, mostrarán ciertas regularidades o recurrencias susceptibles al análisis científico”.¹¹ El autor había retomado y sintetizado, a partir de diversos estudiosos, algunos rasgos básicos de la cultura. Destacaba que ésta, entre otros aspectos,

--No puede ser mirada como instintiva, innata o transmitida biológicamente; más bien, surge y se desarrolla a partir de hábitos y tendencias de reacción “aprendidas” y asimiladas por los individuos a través de sus propias experiencias.

--Luego, muchos de los hábitos son transmitidos de padres a hijos y de generación a generación, y así, por medio de esta reiterada inculcación los hábitos o los valores adquieren su “persistencia” en el tiempo.

--Las prácticas culturales son sociales en la medida en que son compartidas por los seres humanos que viven organizados en grupos y

¹⁰ Jesús Martín-Barbero (1987-B), **De los medios a las mediaciones. Comunicación, cultura y hegemonía**, Op. Cit., pp.84-85.

¹¹ George Peter Murdock (1997), **Cultura y sociedad**, Ed. FCE, México, pp. 77-84.

sociedades, las cuales se mantienen relativamente estables debido a las normas y las presiones mismas de la sociedad.

--La cultura cambia, se ajusta a los nuevos ambientes y se adapta a los escenarios circundantes y vecinos, en función también de nuevas necesidades.

--Los elementos de una cultura suelen formar un todo coherente e integrado, aunque con la salvedad de que los acontecimientos sociales e históricos ejercen de manera constante una influencia que altera y vulnera la posibilidad de una total integración.¹²

Aunque la cultura pueda ser vista como una esfera relativamente autónoma, que dada su conformación densa se amplía y fortalece al paso del tiempo, permanece esencialmente como tal --asimilada, reinterpretada y resemantizada y recifrada por los diversos grupos y actores sociales--, a pesar de los cambios históricos, políticos y económicos de la estructura social. Sin embargo el contexto socioeconómico, los conflictos y la acción sociales son factores que inciden en la gestación y en la materialización de los cambios, así como en la adecuación, la evolución, la transformación y el enriquecimiento cultural. De tal forma que se evitan precisamente el estatus quo, la quietud, el anquilosamiento y la integración, con sus secuelas de uniformación y unidimensionalidad, **grosso modo**, de los cánones, los contenidos y los acervos culturales. Es decir, no únicamente la acción de los creadores y las obras artísticas en cuanto tales contienen los gérmenes de sus propias transformaciones.

El dinamismo social, la acción de los sujetos, los grupos, los segmentos y las clases en la vida pública, así como la labor soterrada, anónima y furtiva en los llamados bajos fondos de la sociedad, que despliega sus potenciales creativos vía los intercambios y las interacciones comunes y sistemáticas de las formas orales o “cultura no letrada” --que generalmente no es tomada en consideración por la teoría objetiva y positivista, por su condición a primera vista no aprehensible y tangible--, continúan siendo, sin embargo, factores de primera importancia en la definición y

¹² **Ibid.**

determinación de los hechos de la cultura. Y es que como ha sostenido Martín-Barbero, tales configuraciones “no letradas”, se refieren a relatos, leyendas, mitos, cuentos, creencias y canciones, refranes, alburas, chismes, chistes, proverbios y todo el arsenal que reverbera en los ámbitos de la comunicación cotidiana de los sectores populares, que rescatan y ponen en circulación un imaginario y una percepción con fondos, contextos y conflictivos de elaboración, interpretación, creación y recreación cultural. Es decir: en tanto público activo, éste no únicamente asimila, potencialmente, los mensajes, sino que está en posibilidades de rechazarlos, de negociarlos o de recodificarlos de acuerdo a su contexto particular, a su experiencia y a su formación cultural. Y junto a la necesidad de mirar, reinterpretar, valorar estos ámbitos de creación, Martín-Barbero advierte que resulta importante reconocer, considerar y estudiar en dos direcciones frente al fenómeno de lo popular:

“no sólo aquello que culturalmente producen las masas, sino también lo que consumen, aquello de que se alimenta; y la de pensar lo popular en la cultura no como algo limitado a lo que tiene que ver con su pasado -- y un pasado rural--, sino también y principalmente lo popular ligado a la modernidad, el mestizaje y la complejidad de lo urbano”.¹³

Pese a las diferencias entre ellos, a veces de tendencia, de disciplina o de enfoque, a veces sutiles y de matiz, empero la mayor parte de los estudiosos del paradigma cultural han coincidido en reconocer y valorar los aportes teóricos de Edward B. Tylor, pionero respecto de la concepción descriptiva, sustento de las posteriores proposiciones simbólica y estructural de la cultura. Y es que decía Tylor, en su obra **Primitive Culture**, ya en el último tercio del Siglo XIX:

“La cultura o civilización, tomada en su sentido etnográfico amplio, es esa totalidad compleja que abarca el conocimiento, las creencias, el arte, la moral, la ley, las costumbres y cualesquiera otras habilidades y

¹³ Jesús Martín-Barbero (1987-B), **Op. Cit.**, p. 47.

hábitos adquiridos por el hombre como miembro de la sociedad. La condición de la cultura entre las diversas sociedades de la humanidad, en la medida en que se puede investigar a partir de principios generales, es un tema propicio para el estudio de las leyes del pensamiento y la acción humana”.¹⁴

De acuerdo a los teóricos contemporáneos, la idea de Tylor inaugura la tradición de la antropología descriptiva de la cultura, en tanto que había puesto el acento en la posibilidad de la “cientifización” de la misma, que de algún modo rompió con la tendencia humanística, diletante y etérea de las concepciones europeas, que miraban la cultura en sus connotaciones de formación individual, cultivo personal y elevación espiritual. Esta visión eurocentrista y etnocentrista, que marginaba del “don” de la cultura a la mayor parte de la humanidad, llevó a muchos estudiosos a cuestionar la versión maniquea, como el caso de Herder, quien llegó a preguntar:

“¿Existe un pueblo sobre la Tierra que carezca totalmente de cultura?
¿Y qué tan estrecho debe ser el esquema de la Providencia para que todo individuo de la especie humana deba avenirse a lo que **nosotros** llamamos cultura...?”.¹⁵

De los antecedentes a los tiempos actuales, los estudios culturales aún están en medio de los debates, tanto en cuestiones de método como en epistemología. Aunque con importantes aportaciones. Entre ellas habría que destacar la premisa plasmada por Clifford Geertz: “el hombre es un animal inserto en tramas de significación que él mismo ha tejido...”, en el amplio escenario conceptual de que la cultura es entendida, sobre todo, como un “documento activo” de significación pública. Y en la perspectiva trabajada y visualizada también por Nicol:

¹⁴ Edward B. Taylor, citado por John B. Thompson (2002), **Ideología y cultura moderna. Teoría crítica social en la era de la comunicación de masas**, Ed. UAM, México, p. 191. Véase también a Clifford Geertz (1997), entre otros.

¹⁵ J. G. von Herder, en Thompson (2002), **Ibid.**, pp-188-189.

“Toda significación es simbólica, y esto quiere decir dialógica. La virtualidad significativa del símbolo no depende sólo de su relación con la cosa simbolizada, sino de la operación comprensiva, que es una co-operación de los dialogantes...”¹⁶

Como obras y creaciones del hombre, construidas social e históricamente, las producciones de la cultura representan y muestran y contienen los significantes de una civilización en perenne conflicto social y humano. Y aunque la cultura tiene que ver con un mundo social de construcciones y formulaciones hegemónicas que se traduce en acuerdos sociales, asentimientos y “contratos existenciales”, que mediante el consenso, el ejercicio del poder y la dominación terminan por ser acatados en general por la mayoría de una sociedad, también están presentes desde las diferencias particulares nimias y la lucha por hacer valer las posiciones y perspectivas individuales y grupales, hasta situaciones fuertes de violencia, muerte y guerras entre grupos, pueblos y naciones. Y ese constante conflicto, con sus múltiples contradicciones, halla lugar y aposento, de forma directa o indirecta, como reflejo y expresión, en las realizaciones, concreciones, manifestaciones y obras simbólicas de la sociedad. Y ya como producto cultural, en los medios masivos de comunicación la conflictiva social muestra el abanico de sus facetas a través de distintos artificios y clases de discurso: de forma directa, codificada, sublimada, pero además y sobre todo de manera velada y disfrazada. Este ciframiento intelectual responde evidentemente a los intereses hegemónicos de los poderes reales, factuales y formales del sistema, intereses que por lo demás se encuentran imbricados entre sí, en una amplia red de propósitos y lógicas comunes.

En todo esto debe relevarse la premisa de que habría que mirar con sumo cuidado la concepción y los métodos analíticos de la cultura. Pues aunque ésta puede ser vista, y de hecho es, una suerte de “universo de participación”, en el que los sujetos tienen injerencia lo quieran y lo deseen o no, lo cierto es que no resulta tan

¹⁶ Eduardo Nicol (1974), **Metafísica de la expresión**, Ed. FCE, México, p. 228.

sencillo referirse a ella como si fuese una entidad puramente abstracta. Los cuatro aspectos del “diamante cultural” destacados por Giménez a los que hicimos alusión al inicio de esta exposición --mundo social, objeto cultural, productores y emisores de contenidos y sentidos y la población receptora--, aunque poseen dinámicas particulares de funcionamiento, son ámbitos que se encuentran estrechamente vinculados, en principio por los valores, los códigos, las normas y los sentidos fundamentales que se mueven y reciclan ideológicamente. Y en el fondo de ellos están precisamente los intereses reales de tipo económico, clasista, corporativo y político, que son el soporte y fundamentan el funcionamiento estructural de la sociedad, revestidos a través de las múltiples apariencias, imágenes, escenarios, mecanismos y formas creadas desde la hegemonía cultural. Por ello dice el sociólogo Giner, particularmente, que cuando se trata de hablar de la cultura de una nación o un país específico, significa en forma compleja referirse

“a su lengua, a su historia, a las condiciones de vida y a los anhelos colectivos de sus gentes y a otras características en las que participan sus habitantes en mayor o menor medida. Ocurre lo mismo en las subculturas, que forman comunidades de vida y vivencia. Frente a esta dimensión comunitaria...hallamos otra, de distinto signo, la del **dominio** cultural. Las culturas no son sólo entidades de comunión colectiva, de símbolos, lenguajes y valores compartidos sino que, además, se hallan estructuradas casi siempre según pautas de desigualdad, privilegio y poder...”.¹⁷

Productos de la acción, la interacción y la socialización, los hechos de la cultura, en cuanto que se deben a las relaciones sociales, en general se mantienen en una constante tensión. En las batallas diarias de la vida, en las confrontaciones sociales cotidianas, y dentro de los amplios marcos públicos de las luchas por la hegemonía sociocultural, económica y política, las clases, los sectores, los grupos sociales, van delineando y perfilando al mismo tiempo lo que conviene a sus expectativas vitales y a sus intereses sectoriales, grupales y particulares. En este

¹⁷ Giner, **Op. Cit.**, p. 98.

camino, los productos de la cultura reciben inevitablemente el sello y la impronta de la conflictiva social. No existen en función exclusiva de los extremismos que ponderan la fórmula por ejemplo del “arte por el arte”. No nacen ni aparecen como productos sin historia y sin contexto; no son artículos creados de la nada y del vacío, etéreos y celestiales, productos puros de la pura inspiración sin referentes y descontextualizada, sino obras que en forma aviesa, abierta, latente o sutil, llevan las marcas sociales de los enfrentamientos del hombre.

De cierta manera, se trata de varios niveles expresivos, simbólicos y significativos que contiene el discurso o texto cultural. La presencia social dentro del discurso cultural no necesariamente es el aspecto o el objetivo esencial de los contenidos, sino que aparece y se refleja en ocasiones como fondo de la trama, o de forma colateral y a través de motivos y detalles particulares, y hasta de manera subliminal. Y debe quedar claro que no nos estaríamos refiriendo sólo a lo que suele llamarse como “cultura panfletaria” y contestataria que apela a la doctrina y a la propaganda para promocionar su vocación e intencionalidad ideológica y política, sino a las elaboraciones diversificadas de la cultura o del arte en sus múltiples tipos, géneros y estilos. En otros términos, consciente e inconscientemente los creadores, los artistas y las obras capturan, codifican, cifran, expresan y comunican hallazgos simbólicos, detalles, nudos o cabos de lo que tiene que ver con el mundo social, bajo la estética y la aparente armonía, sublimación, elevación, perfección y pureza discursiva de las creaciones artísticas.

Un mundo subterráneo que puede simbolizarse a través de los conceptos freudianos de Eros y Tánatos, conformado por ansiosas condensaciones de fantasía, instinto y sueño, pero también por la interiorización de los vestigios sociales, está presente en los trasfondos de los actos de creación humana. Pero al final, sólo hálitos de ese submundo trascienden y se cristalizan --de manera compulsiva, veladamente y entre líneas--, en los artificios y los artículos culturales, sean musicales, poéticos,

narrativos, dramáticos, escultóricos, arquitectónicos, pictóricos, dancísticos, cinematográficos, o de cualesquier otra forma comunicativa. Y ahí los retos estriban, diría la analista Renée de la Torre, primero en que hay que recuperar lo que existe de “subjetivo en el objeto” y lo que hay de “objetivo en el sujeto”; y luego, reconocer que “somos sujetos que objetivamos subjetividades y que dotamos de significado a los objetos de la experiencia. Encarnamos pasiones, sueños e imaginarios que en momentos se nos desbordan”¹⁸.

Michel Foucault lo dice de esta manera:

“Detrás de la fachada visible del sistema se supone la rica incertidumbre del desorden; y bajo la tenue superficie del discurso, toda la masa de un devenir por una parte silencioso: un “pre-sistemático” que no es del orden del sistema; un “prediscursivo” que proviene de un esencial mutismo...Detrás del sistema acabado, lo que descubre el análisis de las formaciones, no es, en ebullición, la vida misma, la vida aún no apresada; es un espesor inmenso de sistematicidades, un conjunto estrecho de relaciones múltiples. Y además, aunque esas relaciones no sean la trama misma del texto, no son por naturaleza ajenas al discurso. Se puede muy bien calificarlas de “prediscursivas”, pero a condición de admitir que ese prediscursivo tiene todavía algo de discursivo...”¹⁹

El teórico europeo está refiriéndose a los ámbitos que están detrás y los trasfondos de la obra, del texto o del discurso. Y aunque tales construcciones o referencias no aparezcan enteramente como sistemas en cuanto tales, puesto que no es el objetivo trasladarlos de forma mecánica a las estructuras de una creación determinada, sin embargo parte de sus elementos son diseminados y filtrados y pueden aparecer bajo disfraces múltiples. Los mecanismos de traslación signica y simbólica de los autores pueden ser de naturaleza consciente o inconsciente. Así, los aspectos “prediscursivos” pueden referirse a las luces y oscuridades propias del

¹⁸ Renée de la Torre (1997), “La comunicación intersubjetiva...”, en **Comunicación y sociedad**, No. 30, Ed. Universidad de Guadalajara, Guadalajara, México, p. 163.

¹⁹ Michel Foucault (1987), **La arqueología del saber**, Ed. Siglo XXI, México, p. 126.

universo subjetivo y onírico de los creadores, o a los ecos y reflejos que éstos perciben de su hábitat, de su propio mundo de la vida y de la estructura y las relaciones sociales existentes de una sociedad dada.

De otra parte, Pierre Bordieu, en esta conflictiva relación de individuo y sociedad, describe y resalta precisamente los aspectos de la confrontación en el marco de las luchas simbólicas. Y explica que el mundo social es...fruto

“y apuesta, a la vez, de luchas simbólicas, inseparablemente cognitivas y políticas, por el conocimiento y el reconocimiento, en el que cada cual persigue no sólo la imposición de una representación ventajosa de sí mismo...sino también el poder de imponer como legítimos los principios de la elaboración de la realidad social más favorables a su ser social (individual y colectivo, con las luchas acerca de los límites de los grupos, por ejemplo), así como a la acumulación de un capital simbólico de reconocimiento. Estas luchas se desarrollan tanto en el orden de la existencia cotidiana como en el seno de los campos de producción cultural que, aunque no estén orientados hacia ese único fin, como el político, contribuyen a la producción y la imposición de principios de elaboración y evaluación de la realidad social”.²⁰

En parte, de eso se trata: el problema del narcotráfico ha adquirido dimensiones de notoria importancia en la región estudiada. Ya no se trata solamente de los grupos y sujetos transgresivos involucrados directamente en la producción y distribución de los enervantes, sino que su acción —sostenida, ampliada y perfeccionada durante muchas décadas—ha generado impactos, efectos e influencias de diversos tipos sobre grupos, segmentos y sectores sociales más amplios, incidiendo sobre la sociedad y la cultura regional, trastornando escenarios y evidenciando características peculiares, de tipo transgresivo, por lo menos en lo que concierne al plano de la geografía nacional.

²⁰ Pierre Bordieu (1999), **Meditaciones pascalianas**, Ed. Anagrama, Barcelona, p. 246.

Desde sus percepciones primarias, tales grupos e individuos viven y transmiten en sus ámbitos particulares lo que a su juicio es una actividad legítima, o que han terminado por justificar, sustentada esta apreciación por lo menos en lo que concierne a sus necesidades de sobrevivencia. Porque hay que advertir desde ahora que tales productores primarios de drogas ilícitas en realidad no obtienen grandes beneficios por su trabajo. Obtienen sólo lo básico para sobrevivir, precisamente. Dada la naturaleza de la actividad en las zonas rurales, la apreciación es fortalecida aún más por los riesgos y los peligros a que están expuestos los campesinos que siembran y cultivan los enervantes, además de que con el pago de cuotas económicas y en especie que efectúan a las fuerzas policíacas y militares, para que los dejen trabajar o los dejen en paz, encuentran otra razón y otro mecanismo de justificación.

Esta lucha por el reconocimiento, que inicia y tiene su asiento reproductivo en la vida cotidiana, exige y tiende hacia otro tipo de acciones, como las que conducen hacia la desviación social, la delincuencia y el crimen, para salvaguardar los intereses particulares, de los grupos y más tarde los propios de las cofradías que van constituyéndose. Hasta los excesos y el sadismo, en los ajusticiamientos y ajustes de cuentas, llegan a ser justificados como parte necesaria de un mundo cerrado, que se encuentra permanentemente cercado y enfrentado con otros grupos delictivos, contra las prácticas de corrupción de las brigadas judiciales y militares y contra el sistema hegemónico. Y tales procedimientos llegan a transformarse en prácticas recurrentes entre los grupos transgresores, como modelos de lucha proporcionados por una sociedad en perenne litigio, hasta mostrar ciertos datos o elementos compulsivos de la descomposición social, en tanto huellas o rescoldos de los cotidianos regueros de sangre, ajusticiamientos, venganzas, delincuencia y crímenes exacerbados entre protagonistas, antagonistas e inocentes, que comparten espacial y geográficamente sin embargo un hábitat marcado por la transgresión social. Como anotaría Octavio Ianni, hay quienes reconocen y advierten que “la

violencia y la locura están imbuidas en la fábrica de la sociedad, como productos y condiciones de la organización y funcionamiento de esa misma fábrica”.²¹

Pero retomando la cuestión conceptual sobre la cultura, en un extenso trabajo práctico de interpretación, el analista Jorge A. González, define que ésta constituye un modo

“de **organizar** el movimiento constante de la vida concreta, mundana y cotidianamente. La cultura es el principio organizador de la experiencia; mediante ella ordenamos y “estructuramos” nuestro presente a partir del sitio que ocupamos en las redes de las relaciones sociales. Es, en rigor, nuestro sentido práctico de la vida”. Y --agrega el autor-- al mismo tiempo que **memoria, raíz y ligadura**, que en los planos de la realidad **distingue y unifica**, la cultura también es “**constitutivamente sueño y fantasía** que transgrede los cercos del sentido práctico”.²²

Como memoria, raíz y ligadura, la concepción sobre el mundo y sobre el entorno inmediato se va edificando a partir de las prácticas sociales cotidianas, las cuales constituyen el fundamento real de los horizontes de las expectativas de la existencia. Y en función de las relaciones con otros, se van forjando y configurando --desde la dureza de la práctica y la experiencia-- la identificación y la pertenencia grupal y social y se van dibujando simultáneamente los lineamientos y los aspectos y los datos del hábitus, que será siempre común y compartido. Y sobre esta base que unifica a los individuos, y que también los distingue como miembros de un grupo, de un estamento, de un sector y de una sociedad, van gestándose igualmente los ideales, las utopías o simplemente los planes, proyectos y expectativas de un mundo particular de vida, sobre la premisa, diría Habermas, de que

²¹ Octavio Ianni (2001), “La violencia en las sociedades contemporáneas”, en **Metapolítica**, No. 5, enero/marzo, México, p. 68.

²² Jorge A. González (1994), **Más (+) cultura (s)**, Ed. CONACULTA, México, pp. 57-58.

“la tradición cultural compartida por una comunidad es constitutiva del mundo de la vida que los miembros individuales encuentran ya interpretado en lo que atañe a su contenido”.²³

La cultura está presente, pues, como un manto que arropa y cubre a la sociedad, pero que además está cimentada en la estructura social y sedimenta de manera permanente las prácticas, las acciones, las interacciones sociales, la producción concreta de los contenidos y los artículos culturales y sus significados.

Por su parte, González puntualiza cinco cuestiones características de la cultura:

- 1.- Se trata de una propiedad consustancial, histórica y concreta, de toda sociedad.
- 2.- No es una entidad “flotante” de las superestructuras sociales que se mueva en función de los movimientos “reales” de la infraestructura económica.
- 3.- Posee materiales y soportes sociales objetivos; y ha sido social y disciplinariamente circunscrita a los procesos de construcción, codificación e interpretación social del sentido.
- 4.- Su especificidad “signica” o “semiótica” constituye una dimensión integral de todas las prácticas y relaciones de la sociedad: “no se puede **ser** socialmente y no **significar**”. Y tampoco “hay acción social sin representación”.
- 5.- Así, “no agota su eficacia en el hecho de “ser” sólo **significante**, pues precisamente porque **significa, sirve**”.

De tal manera que, desde un punto de vista científico, resume el autor, que alude a Bordieu, la cultura debe ser concebida como

“una dimensión de análisis de todas las practicas sociales; es...la sociedad total, observada desde la dinámica de construcción y constante reelaboración histórica y cotidiana de la significación...La cultura es, pues, una **visión que nos define el mundo**. Sin embargo, esa visión es, al mismo tiempo y por efecto de las desiguales posiciones dentro de la estructura social, una **división práctica, efectiva y operante del mundo**”.²⁴

²³ Jürgen Habermas (1987), **Teoría de la acción comunicativa**, Tomo I, Ed. Taurus, Madrid, p. 119.

²⁴ Jorge A. González, **Op. Cit**, pp. 59-60.

Por lo pronto, el tema “La subcultura del narcotráfico en Sinaloa: simbología, transgresión y medios de comunicación”, desde su enunciado confronta varios retos. En primer lugar la amplia cobertura temática que sugiere. Luego, el abordaje teórico sobre cada una de las relaciones-conceptualizaciones planteadas. La cultura y sus símbolos, la violencia y los medios de comunicación en relación con la producción de estupefacientes, son partes de un mismo engranaje para interpretar y explicar las honduras de la problemática en una región específica del país. Aunque existe una vasta cantidad de textos relacionados con la violencia y el periodismo, como puede constatarse en la bibliografía de esta investigación, los alcances de la mayoría de tales trabajos tienen precisamente connotaciones periodísticas, que se han quedado como formulaciones pasajeras y de ocasión, y marcadas por la urgencia de los tiempos que rigen a esa actividad comunicativa.

En este trabajo vamos más allá de la explotación del morbo, del sensacionalismo y del escándalo en que suelen caer muchos de los trabajos de oriundez periodística. Y aunque aquí abordamos los senderos teóricos del análisis cultural, para interpretar y explicar la complejidad de un fenómeno social, nuestro estudio se encuentra acotado, sin embargo, en torno a la manifestación de ciertas formas transgresivas, culturales, en tanto expresiones simbólicas, y como consecuencia significativas, de los ámbitos de la “narcocultura”, en un particular espacio referencial y en la época actual.

2.-El enfoque estructural y la interpretación.

Conviene entonces que hagamos alusión de forma más explícita al enfoque primordial, de naturaleza teórica, y por tanto metodológica, mediante el cual miramos la temática que nos ocupa. Hacemos nuestra, de antemano, la premisa de Clifford Geertz quien partiendo de la idea de que el hombre

“es un animal inserto en tramas de significación que él mismo ha tejido...la cultura es esa urdimbre y que el análisis de la cultura ha de ser por lo tanto, no una ciencia experimental en busca de leyes, sino una ciencia interpretativa en busca de significaciones”.²⁵

En tal sentido, “La narcocultura en Sinaloa”, es decir, la subcultura del narcotráfico y las prácticas de la transgresión social en esa entidad, puede observarse en varios espacios y ámbitos, en distintos niveles y planos, en diferentes escenarios y a través de múltiples formas simbólicas. En el lenguaje o los lenguajes de la sociedad se pueden localizar y delinear formulaciones culturales cargadas con signos y símbolos que remiten a los ámbitos de las drogas y de la desviación social. Y se encuentran en los planos de la música, en la pintura artística, en la literatura, en el periodismo, en la vestimenta. Quizá muy escasos compartimientos culturales y sociales no han resentido los efectos del fenómeno. Puesto que prácticamente todo lo que el hombre agrega a la naturaleza, en el sentido de construcción simbolizable, resulta por necesidad una obra significativa, los artículos y los hábitos con rasgos, connotaciones y denotaciones “enigmáticas” de transgresión, pueden ser rastreados, vistos e identificados, a pesar de que aparezcan revestidos y conectados a través de diversas usanzas, modos y estilos de expresividad, sea como formas simbólicas interiorizadas y subjetivas (creencias, valores e ideología), o como formas objetivadas de la cultura y la comunicación (instituciones, obras, afiches simbólicos y productos de consumo mediático).

²⁵ Clifford Geertz (1997), **La interpretación de las culturas**, Ed. Gedisa, Barcelona, p. 20.

En algunos casos la fuerza, el vigor o la intensidad del producto cultural se podrán medir en función de su origen social, en otros por el objeto o el artificio como tal, en algunos más por la fuente productora o emisora y en otros por los consumidores, portadores o receptores mismos de la construcción significativa. Aunque la impronta de cada uno de los distintos aspectos estará siempre presente para hacer factible, comprensible y explicitable la dimensión de un objeto o un hecho cultural. Por ejemplo, el uso excesivo de las joyas que ciertos personajes del narcotráfico acostumbran como símbolo de estatus y reconocimiento, podrá ser observado y valorado adecuadamente sólo en relación de una conectividad compleja, en el que intervienen múltiples factores sociales, económicos y culturales. Tal costumbre no surgió ni genuina, ni original, ni primigeniamente de las puras ocurrencias particularizadas, o por sólo motivaciones psicológicas de los traficantes de mediana importancia o de “medio pelo”. Sin duda, los patrones sociales, la influencia de los medios de comunicación, y el valor intrínseco de las mismas joyas, han conducido a la construcción de tal práctica. Y lo mismo puede decirse de muchos otros hábitos y modas, como el gusto por la música de connotaciones violentas o el uso de las extravagantes y finas camisas de seda, y también de imitación, con las imágenes populares de algún icono religioso tradicional --Cristo o la Virgen María-- acompañadas híbridamente de la imagen del “santo de los narcos” sinaloense Jesús Malverde.

Al margen de los índices o grados de afectación y penetración en los diferentes estratos y esferas sociales, lo cierto es que la industria de las drogas --y sus secuelas y su parafernalia-- constituye hoy un complejo escenario sórdido, y expansivo, que se muestra no tan distante y no tan lejano de las ocupaciones y de las preocupaciones de los individuos, de los grupos y de los estratos diversos de la sociedad. Forma parte de los avatares históricos, de los escenarios del presente y de los derroteros y horizontes del devenir. Y si, como establece Habermas, “el mundo

de la vida acumula el trabajo de interpretación realizado por las generaciones pasadas”, el pasado sigue gravitando y pensando y pesando sobre el presente y el futuro sinaloense.

Habría que recordar que muchos años después de su surgimiento acaso como nimio e ingenioso cultivo familiar, casero y anecdótico, pasando por los oscuros y míticos fumaderos de opio de los años veinte y treinta del Siglo XX, la industria de los enervantes refleja hoy su impronta, tras los corrosivos legados de su acción, en los sectores rurales y urbanos. Y se manifiesta dinámicamente como mecanismo de sobrevivencia, modo de vida, desviación, delincuencia, criminalidad y ejercicio transgresivo de poder; se refleja con constancia, en las líneas de gestión y gobierno, en las esferas de la política y el poder hegemónico y en las omisiones y preocupaciones gubernamentales y del Estado; así como se ha filtrado en las actividades laborales, económicas y productivas legítimas; amén de habitar en la esfera de la ideología, en los productos culturales, la comunicación, el periodismo, el arte, los hábitos de entretenimiento y diversión y en la cultura en general, entendida ésta también, de acuerdo a una idea de Geertz, como un mundo social regido por “sistemas organizados de símbolos significativos”.

En todo caso, se trata de un magno fenómeno --el narcotráfico-- cuya desmesura ha impactado con fuerza a la población; desde los resquicios particulares de la vida cotidiana, y de la vida familiar, a los espacios públicos de la comunicación y la cultura, y por supuesto incidiendo en los valores, los mitos y las creencias de importantes grupos y segmentos sociales. Expuesta a las prácticas y los hábitos de la violencia, con sus secuelas furtivas, abiertas y compulsivas de “irracionalidad” y “locura” de grupos e individuos involucrados en el frenesí de una transgresión con micropoderes de fuego y armas, ciertos ámbitos sociales ofrecen o muestran diversos síndromes de descomposición, anarquía, inseguridad y miedo. Los síntomas en el campo y las ciudades inducen a grupos, sectores y segmentos

sociales a constituir sus propias normas de defensa y protección, o por lo menos a mirar con suma desconfianza la acción de los organismos federales, estatales y municipales encargados de la seguridad pública. Porque, por ejemplo, la población en general no sabe a ciencia cierta qué tan estrechos son los vínculos de colaboración entre los grupos delictivos y las fuerzas del orden que supuestamente los combaten, incluidos los destacamentos militares asignados a la lucha contra la producción de drogas. Se trata de un círculo vicioso que incide potencialmente aún más sobre las reales y expandidas prácticas de la desviación social.

En este sentido, dice Geertz:

“El **ethos** de un pueblo es el tono, el carácter y la calidad de su vida, su estilo moral y estético, la disposición de su ánimo; se trata de la actitud subyacente que un pueblo tiene ante sí mismo y ante el mundo que la vida refleja. Su cosmovisión es su retrato de la manera en que las cosas son en su pura efectividad; es su concepción de la naturaleza, de la persona, de la sociedad”.²⁶

Sin embargo, habría que observar el problema acaso desde una suerte de diletancia, mediante una óptica analítica alejada y distanciada, con el fin de evitar los riesgos de la moralización o de una toma de partido que empañe el registro y el descentrañamiento de los significantes de los hechos. Así, “tendríamos que saber reconocer --sostiene un analista-- que también los verdugos y no sólo sus víctimas nos conciernen en cuanto representación de nuestra común condición humana”.²⁷ En ciertos momentos, y en función de condiciones sociales, situación histórica y circunstancias existenciales específicas, los individuos son sujetos factibles de aparecer en diferentes ubicaciones, funciones y papeles. En todo caso, para el análisis la importancia del tema no tiene que ver o no se circunscribe a la existencia de víctimas o victimarios, sino más bien con un hecho sociocultural trascendente; se

²⁶ Geertz, *Ibid.*, p. 118.

²⁷ J. Muguerza, en *El mundo de la violencia*, A. Sánchez Vázquez (1998), coord., Ed. FCE, México, p. 46.

trata de un fenómeno social construido históricamente, que ha incidido sobre la vida pública, o sobre un mundo social que padece y resiente los efectos de la transgresión y que expresa las contradicciones y las paradojas humanas de una realidad de la cultura en una región específica del país.

El fortalecimiento y el auge de esta extraordinaria y diversificada empresa de la desviación –por sus contenidos actuales de ilegalidad--, ha ejercido, así, una vigorosa influencia y un impacto ramificado, extenso, profundo e incuestionable sobre vastos sectores y ámbitos sociales. De la economía a la política y de la sociedad a la cultura: las andanzas de las drogas ilegales han marcado sus resabios de desviación sobre la vida sinaloense. En el tinglado teórico y empírico de esta investigación cabalgamos sobre el paradigma del epígrafe de Eduardo Nicol que, dicho así con las palabras del filósofo, asume que la violencia se transforma y “forma cultura”, precisamente cuando ha crecido y rebasado su condición pasajera e incidental, se ha arraigado en el pensamiento y en la vida social y se ha convertido, ya, en “una predisposición”.

Sin embargo, con base en una muy definida y clara concepción estructural de la cultura que pone especial atención en el registro, la inquisición y el desentrañamiento de las formas simbólicas subyacentes en los hechos culturales, pero siempre en **el contexto de y en relación con**, realizamos este recorrido y desvelamiento teórico y empírico --a la usanza de la “descripción densa”--, sobre un fenómeno social que, por principio, en tanto forma simbólica socialmente estructurada a lo largo de muchos años, ha resultado sumamente impactante para la población involucrada. El problema del narcotráfico, más allá de su evidente expansión y fortalecimiento en la República Mexicana durante más de un siglo, particularmente se ha enraizado y profundizado fenomenológicamente, como materia, sustancia y constructo y símbolo, en el espacio y el tiempo de esa región noroccidental del norte del país.

John B. Thompson, en **Ideología y cultura moderna**, ha propuesto y desarrollado una “concepción estructural” de la cultura, no precisamente estructuralista. No es estructuralista porque se oponga a los estudios formales, sino porque va mucho más allá en el registro, interpretación y explicación de los datos y aspectos de los fenómenos. Es decir, no podría ser estructuralista en virtud de que la estrategia de estudio, desde los ángulos de las ciencias sociales, no podría limitarse sólo a los ámbitos internos, gramaticales, lingüísticos, lógicos o formales de los discursos, sino que incorpora por ejemplo, y sobre todo, el análisis de las situaciones, las condiciones, el momento histórico y, en suma, el contexto sociohistórico en el que se producen las obras y los fenómenos, así como lo que el teórico inglés denomina, retomando a Paul Ricoeur, como la hermenéutica profunda.

Explica Thompson que la vida de la sociedad no estriba únicamente en la aparición de “objetos e incidentes” que se presentan como hechos en el mundo natural, sino también consiste en una “cuestión” de

“acciones y expresiones significativas, de enunciados, símbolos, textos y artefactos de diversos tipos, y de sujetos que se expresan por medio de éstos y buscan comprenderse a sí mismos y a los demás mediante la interpretación de las expresiones que producen y reciben. En su sentido más amplio, la reflexión sobre los fenómenos culturales se puede interpretar como el estudio del mundo sociohistórico en tanto campo significativo. Se puede interpretar como el estudio de las maneras en que individuos situados en el mundo sociohistórico producen, construyen y reciben expresiones significativas de diversos tipos”.²⁸

De tal manera que esta perspectiva estructural enfatiza “**tanto** el carácter simbólico de los fenómenos culturales **como** el hecho de que tales fenómenos se inserten siempre en contextos sociales estructurados”. Y en consecuencia, el análisis

²⁸ John B. Thompson (2002), **Ideología y cultura moderna. Teoría crítica social en la era de la comunicación de masas**, Ed. UAM, México, p. 183.

cultural es el estudio precisamente de las formas simbólicas: acciones, objetos y expresiones significativos en relación con los

“contextos y procesos históricamente específicos y estructurados socialmente en los cuales, y por medio de los cuales, se producen, transmiten y reciben tales formas simbólicas”, en la idea también de que en tanto pleróticos de simbolismo, “los fenómenos culturales son significativos tanto para los actores como para los analistas”.²⁹

En el entendido de que los símbolos están y se muestran vinculados a sus significaciones originales, primigenias, literales y sensibles, así como a las propias cosas u objetos simbolizados, de los cuales reciben precisamente los contenidos como “epifanía de un misterio” (Paul Ricoeur). Desde los ámbitos de la doxa, e incluso desde los fondos y las raíces que la hacen posible mediante las primeras operaciones interpretativas, los símbolos se van cargando de matices, nuevos datos y condimentaciones; se trata de un proceso en el que los sujetos que originan, socializan y expanden los contenidos básicos del símbolo, van incorporando al mismo tiempo en la práctica de la interacción y la comunicación, de forma también inconsciente, aspectos que forman parte de su hábitat, de su medio ambiente, de su entorno y de la sociedad en la que viven. De ahí que, al margen de las creencias y certezas sobre las cualidades y los valores que se atribuyen a los símbolos, éstos resultan claramente significativos tanto para los analistas como para los mismos actores y protagonistas de los sucesos de la cultura. Retomando a Geertz, y valorando sus aportes, sobre todo en relación con el estudio plasmado en **La interpretación de las culturas**, Thompson precisamente sostiene que en el análisis cultural lo que importa no es tanto “una ciencia experiemetal en busca de leyes”, o un analista que tenga como miras clasificar y cuantificar,

“sino más bien la sensibilidad de un intérprete que busque descifrar patrones de significado, discriminar entre distintos matices de sentido,

²⁹ **Ibid**, p. 203.

y volver inteligible una forma de vida que ya es de por sí significativa para los que la viven”.³⁰

Estamos, pues, en el sendero paradigmático que visualiza a los actos, los hechos, los fenómenos sociales y las expresiones de la sociedad en su conjunto como si fuesen más que un texto con ramificaciones contextuales, lleno por supuesto de significados, de acuerdo a los fundamentos teóricos y a la concepción de Geertz. Este ha formulado y demostrado de manera categórica en su ya clásica obra que en relación con los hombres, “desde el primero al último también ellos son artefactos culturales”. En este sentido, la cultura no está condensada solamente en las obras y los productos, sino que también el hombre puede ser entendido o visto como un auténtico artículo cultural. El hombre es cultura por el lenguaje, por el habla, por los gestos, por los hábitos, por la vestimenta; y lo es por sus actos cotidianos, por sus comportamientos, por las maneras en que se relaciona con otros, por su trabajo y por su pensamiento que se traduce en obras, en artefactos simbólicos, en construcciones significativas y en la propia significación de su existencia.

Así, en lo que concierne a ciertos grupos y segmentos sociales de Sinaloa, se les ha llegado a endilgar una imagen arquetípica, en cuanto a vestimenta, hábitos y carácter; pero se trata de una descripción que ha sido construida al paso del tiempo y que incluso los propios organismos culturales institucionales han llegado a adoptar, reiterando las tradiciones populares, de manera oficial. Lo que ahora es casi un fetiche que prácticamente y de manera irremediable remite a la ubicación y la identificación de un tipo de población, en realidad surgió de las prácticas cotidianas del mundo rural sinaloense, aunque nunca hayan sido privativas o exclusivas de ese estado nortero de la República Mexicana. La imagen --por supuesto ya estereotipada, en ocasiones funciona como un estigma de connotaciones negativas cuando se le vincula con la violencia--, exhibe hoy a un individuo altivo y fuerte,

³⁰ **Ibidem**, p. 197.

ataviado con el clásico sombrero tejano, la camisa a cuadros, el pantalón vaquero de mezclilla, el cinto de gruesa y brillante hebilla y las botas puntiagudas con oropeles, además de las cadenas, las esclavas y los afiches de oro, según el modelo manejado por organismos municipales y estatales, como la Dirección de Investigación y Fomento de Cultura Regional (DIFOCUR), de Sinaloa, durante los festivales culturales que se organizan anualmente en las principales ciudades y poblados de la entidad.

La figura aludida, empero, no ha sido un invento oficial, y ni siquiera un artículo mediático, exclusivamente. Evidentemente se trata del resultado híbrido de una usanza tradicional, popular, que ha pervivido durante décadas, la cual ha sido a su vez expandida, y resemantizada, a través de las acciones incisivas y sistemáticas de los medios masivos de comunicación, y de la industria de la cultura, vía fundamentalmente la cinematografía y la música popular, ofertada ésta en el mercado por el disco, la radiodifusión y la televisión. A la postre, el estereotipo sinaloense --que se reifica no sólo en cuantas celebraciones y fiestas patronales y populares existen, sino como parte indisoluble de la cotidianeidad de la vida diaria-- ha sido asumido, interiorizado y asimilado, en la imaginación colectiva, hasta como motivo de alarde, presunción y “orgullo” regional; en buena medida, ha venido siendo decantado finalmente como un aspecto iconográfico, construido social y culturalmente bajo los aluviones y la marcha de la historia, y que es no únicamente una especie de acervo vivo y significativo, sino distintivo, de cierta parte de la identidad y la pertenencia cultural. Por lo menos el retablo imaginario ofrece una vigorosa y densa mixtura simbólica significativa, más allá de las diferencias que puedan existir y mirarse, para este caso, entre las categorías de **ser, dar la impresión y la pretensión de parecer**, planteadas en **La distinción** por Bordieu.

Volvemos con Geertz, quien sostiene:

“El hombre no puede ser definido solamente por sus aptitudes innatas, como pretendía hacerlo la Ilustración, ni solamente por sus modos de conducta efectivos, como tratan de hacer en buena parte las ciencias sociales contemporáneas, sino que ha de definirse por el vínculo entre ambas esferas, por la manera en que la primera se transforma en la segunda, por la manera en que las potencialidades genéricas del hombre se concentran en sus acciones específicas. En la **trayectoria** del hombre, en su curso característico, es donde podemos discernir, aunque tenuemente, su naturaleza; y si bien la cultura es solamente un elemento que determina ese curso, en modo alguno es el menos importante”.³¹

Entre las concepciones e intuiciones que hacen y tienen sobre sí mismos, y sobre su entorno, los propios protagonistas de los fenómenos culturales y las formas que se van edificando en los planos simbólicos, sin duda que van estableciéndose interconexiones y flujos que se expresan mutuamente. Cargados de subjetividad, entre valores, creencias, mitos y formas particulares de percepción, los autores de los símbolos populares, sin embargo, de algún modo se han representado un mundo que expresa concretamente el quehacer de una sociedad y de una cultura. Y sea como idealización, sublimación, propaganda, comercialización o vulgarización, los reflejos de la época, del tiempo, de la situación y del mundo concreto se alzan como artículos de la cultura. Y ahí, las prácticas sociales terminan por dejar su impronta y sus huellas en tales productos culturales, que más tarde habrán de ser retomados, moldeados e industrializados, de acuerdo a sus intereses comerciales y mercantiles, por las corporaciones ligadas a la comunicación de masas; aunque al final, no siempre ni necesariamente, los artificios y las imágenes mediáticas que inundan el mercado respondan con plenitud y fidelidad al espíritu de las percepciones y producciones “originales” de los actores y autores anónimos.

En este sentido, ha puntualizado por su lado el investigador Gilberto Giménez que la cultura se expresa como

³¹ Geertz, **Op. Cit.**, p. 57.

“La organización social del sentido, interiorizado por los sujetos (individuales y colectivos) y objetivado en formas simbólicas, todo ello en contextos históricamente específicos y socialmente estructurados”. Y porque “...si se la define como el conjunto de las “formas simbólicas”, la cultura no es más que el aspecto simbólico-expresivo de todas las prácticas sociales. Como dice Eunice R. Durham, la cultura está en todas partes, “verbalizada en el discurso, cristalizada en el mito, en el rito y en el dogma; incorporada a los artefactos, a los gestos y a la postura corporal””.³²

Tanto el dinamismo económico de la industria ilegal de las drogas, como su percepción sociocultural, forman parte de un complicado proceso histórico, estructurado social y políticamente. Dada la naturaleza de la investigación, el método difícilmente podría prescindir de la hermenéutica, que por supuesto comprende no sólo los factores contextuales, el análisis formal y la labor de reinterpretación, sino un amplio trabajo etnográfico de observación, registro y valoración interpretativa de la doxa o del discurso primario de la textualidad social, sea de tipo oral, iconográfico, corporal o escrito. Sobre la tarea primaria del registro interpretativo, sobreviene una segunda mirada analítica, de reinterpretación. La tarea implica corroborar y contrastar las prácticas sociales, las nociones o concepciones, populares por ejemplo, respecto de los problemas, el horizonte de expectativas o de las formas particulares de vivir y percibir la vida. Y para el objeto que nos ocupa, se trata de indagar en torno a las percepciones y hasta ciertas vivencias relativas al fenómeno de la desviación, que se ha instalado para este caso, en tanto parte del acontecer de individuos y de grupos y segmentos sociales localizados y estigmatizados, como una parte crucial de la representación social de la sociedad en su conjunto.

En esta idea, el procedimiento versa, de hecho, en torno a “una interpretación de la comprensión cotidiana”, traducida técnica y metodológicamente en “una

³² Gilberto Giménez (1994), “La teoría y el análisis de la cultura”, en **Metodología y cultura**, Ed. CONACULTA, México, p. 40.

interpretación de las doxas”; es decir, se trata de un procedimiento que indaga respecto de los puntos de vista, las valoraciones, las opiniones, las creencias y las nociones que sostienen, asumen y comparten los sujetos que integran el mundo social. Sobre la premisa de que con la hermenéutica se efectúa una lectura, en varios planos y niveles, de las diversidades y constelaciones de “sentido” que se expresan a través de manifestaciones objetivas y subjetivas de la cultura. Pero a partir del reconocimiento también de que ninguna expresión, actividad, objeto, evento, hecho o cosa poseen significados **per se**, inherentes, inmutables, permanentes y consustanciales. La significación, apunta el teórico español Josetxo Beriain (1998), “sólo emerge a través de la interacción con otras cosas o eventos”.

Sobre estas cuestiones de método, el investigador Galindo Cáceres, al resaltar el principio o el fundamento de la interacción y las relaciones comunicativas, plantea que la tarea de investigar no estriba en solamente **conocer** desde cierta perspectiva, sino también en **hacer**, dentro del proceso de observación reflexiva, con la condicionante implícita de que sólo la crítica, la imaginación y la creatividad pueden hacer consistente al trabajo teórico y científico. Así, “la verdad” no existe,

“sólo existe la percepción y sus juegos cognitivos; la objetividad es sólo un momento de la reflexividad que es un movimiento constante de la observación, en el mundo social los objetos de observación no son mudos, también reflexionan y hablan...”³³

El proceso de la hermenéutica profunda, entonces, que prevé las fases del análisis histórico social y el análisis formal, se complementa y se define con la fase previa del registro y la interpretación de la doxa y la respectiva labor de reinterpretación de los signos, los símbolos, los objetos, las versiones, las interpretaciones y las diferentes fases del estudio. Giménez resume de esta manera:

³³ Jesús Galindo Cáceres (1998), **Técnicas de investigación en sociedad, cultura y comunicación**, Ed. Pearson-Addison Wesley Longman, México, p. 20.

“Este proceso de interpretación, mediado por métodos objetivantes, es también un proceso de reinterpretación en la medida en que las formas simbólicas forman parte, como ya se ha dicho, de un ámbito pre-interpretado. Se trata, por consiguiente, de reinterpretar lo ya interpretado en la vida cotidiana, de proyectar creativamente un sentido que puede diferir del que se construye rutinariamente en las interacciones cotidianas. Esta divergencia sólo se podrá apreciar por contraste con los resultados de la interpretación de la **doxa** que...constituye una operación preliminar”.³⁴

Es decir, aparte del conocimiento común y de las creencias y las intuiciones comunes de los sujetos que son engranes o partes del objeto cultural, o que viven directa o casi directamente los problemas y los fenómenos culturales, se registra en los ámbitos en los que se circunscribe aún la doxa, una suerte de sobreinterpretación elemental que corre a cargo de algunos grupos de intelectuales, políticos, líderes sociales y periodistas con diversa capacidad de análisis, pero que no logra distanciarse lo suficiente de las fuentes originales; es decir, de la **vox populi** y del vulgo. A partir de estas versiones e interacciones primarias, entra en juego entonces la acción propiamente dicha de la reinterpretación de lo que ya ha sido previamente interpretado, con los ingredientes además de la perspectiva histórico social y de las técnicas formalizadas del análisis de las estructuras internas de la obra, del discurso, del texto o del fenómeno o hecho particular.

De tal manera que la metodología de la hermenéutica profunda de la concepción estructural de la cultura supone varios procedimientos de análisis. En primer término se encuentra el acercamiento a la “hermenéutica de la vida cotidiana”, o a los ámbitos propios de la interpretación de las significaciones de la **doxa**. Un segundo aspecto está implicado por el estudio sociohistórico, compuesto a su vez con la integración de los siguientes factores: 1) los escenarios espacio-temporales; 2) los campos de interacción; 3) las instituciones sociales; 4) la estructura social; y 5) los medios técnicos de transmisión. Luego, es menester tomar

³⁴ Gilberto Giménez, **Op. Cit.**, pp. 62-63.

en consideración a los recursos formales, con la aplicación de varias opciones de estudio, que van desde el análisis semiótico, hasta el conversacional, el sintáctico, el narrativo y el argumentativo. Y finalmente, el cuarto nivel tiene que ver con la labor general y amplia de interpretación y reinterpretación. Esto posibilita ejercer una mirada inquisitiva, introspectiva, particularizada y extensa a la vez, en distintos momentos del estudio, sobre las significaciones, relaciones y complejidades de los fenómenos culturales. Pero es importante reiterar que el proceso no implica que las fases de estudio y análisis tengan que realizarse necesariamente en el orden señalado; éste tiene que ver más bien con las propias exigencias y especificidades temáticas.

Es pertinente reiterar y resaltar que Thompson establece una clara distinción entre los métodos estructuralistas y la concepción estructural de la cultura que ha desarrollado. En cuanto a los primeros, fijan el análisis en los rasgos internos, en la estructura formalizada de las construcciones simbólicas; y la segunda, como hemos visto y como una parte fundamental del método, se preocupa y se ocupa de las significaciones simbólicas y socioculturales y de los contextos y procesos estructurados histórica y socialmente. Y en este tenor, desglosa cinco características de las formas simbólicas, necesarias de incorporar en el análisis de los fenómenos culturales: los aspectos **intencional**, **convencional**, **estructural**, **referencial** y **contextual**. Mediante tales características, que son al mismo tiempo herramientas de análisis, pueden vislumbrarse y estudiarse los componentes sociohistóricos y los elementos diversos a través de los cuales las formas simbólicas --cuya valoración podría ser en un sentido en esencia simbólico, o desde una perspectiva económica o mercantil-- habrían de ser consideradas con la denominación precisamente de “fenómenos significativos”.

Sobre el sustento histórico de las condiciones económicas, tangibles, concretas, de la sociedad, las formas objetivadas y las formas interiorizadas o

internalizadas de la cultura constituyen aquí uno de los fundamentos y propósitos esenciales del “descentrañamiento” del fenómeno cultural en torno al narcotráfico. En tanto construcciones y expresiones simbólicas, sus significaciones dan cuenta del involucramiento de la población respecto del fenómeno, que constituye o conforma lo que Bordieu denomina como “campo cultural”. Así, en cuanto a las formas objetivadas, estamos aludiendo al moblaje de la industria de la cultura y de los medios de comunicación, que se identifica y se evidencia en este caso a través de una serie de productos como los corridos norteros, la novela, el cuento, la poesía, el teatro, la creación pictórica, la pintura urbana de tintes populares y el grafiti, la iconografía popular en general, la moda, el vestido y sus aditamentos, los artefactos y artículos de consumo y de pretensiones de estatus, así como instituciones diversas, entre las que destacan las que han sido creadas ex profeso para el seguimiento o combate, en este caso, de los efectos de la transgresión; y en cuanto a las formas subjetivadas o internalizadas, nos referimos a las creencias, los mitos, las opiniones y los valores, que encuentran anclaje, aposento, estructura y formulación dentro de los moldes o modelos de las formas objetivadas. Obviamente que ambas formas constituyen no sólo facetas sustantivas del proceso de percepción y apreciación, sino también de interacción, socialización y mediatización de la cultura.

Las significaciones de tales construcciones simbólicas son vistas como una suerte de entramado, marco y trama cultural, universo sociocultural y “hábitus”, en el que se mueve común y principalmente la población --entre los espacios y los objetos básicos con que se reconocen e identifican los individuos y los grupos sociales--, y que posibilitan, engendran, modelan y dan pie a los comportamientos, las acciones y las reacciones concretas, particulares y comunes de los hombres. No está por demás indicar que en cuanto a la “socialidad”, como señala Agnes Heller, la forma fenoménica primaria para el hombre particular, dentro de los ámbitos de la vida cotidiana, es

“la sociedad **concreta**, la integración **concreta** en la que nace, representada por el mundo más próximo a él, por el “pequeño mundo”....el hombre se apropia en éste de los elementos, las bases, las habilidades de la socialidad de su tiempo”.³⁵

En este contexto, resulta menester subrayar que en los planos de la cotidianeidad humana, y en los ámbitos subterráneos de la sociedad, en los suburbios y laberintos infraculturales que rozan los lindes de la vida privada y la vida pública, es donde se configuran y reproducen las pautas de comportamiento esenciales de los grupos e individuos. En los sitios no necesariamente visibles de la sociedad y la cultura, pero que son los espacios vitales de los hombres, y que pueden ser vistos como la matriz primigenia por ejemplo de la comunicación interpersonal. Se trata del quehacer de la historia vívida, densa y profunda, que se engendra o se reconstruye, se desliza, camina y corre bajo la otra historia; de esta otra que se refleja en la vida pública, la que es notoria y visible, y que se construye y tramita por vías oficiales y “legítimas” y que se reitera a través de los medios masivos de comunicación.

En aquél hábitat, sin embargo, en ese vigoroso mundo de la vida de penumbras sociales y culturales --por lo demás, en constante retroalimentación con la vida pública, o con los mecanismos ideológicos hegemónicos--, se ventila permanentemente el quehacer, a veces sórdido, a veces común y corriente, de la existencia de los individuos, de las familias, de los grupos, de los pueblos. Espacio y lugar de deliberación y resistencias, y de aceptación, asimilación y reproducción de la ideología y la cultura, el mundo de la vida cotidiana es también el ámbito donde se gestan las formas de la creatividad y donde se confabulan los mecanismos de la transgresión, donde se tramita, decimos, una historia y un destino que transitan debajo de la otra historia.

³⁵ Agnes Heller (1987), **Sociología de la vida cotidiana**, Ed. Península, Barcelona, p. 32.

John B. Thompson, en la introducción a su obra ya citada, arguye que los organismos y las instituciones clásicas del Estado moderno, como partidos políticos, sindicatos, asociaciones, grupos de presión, etcétera, son agrupamientos de ejercicio de poder y dominación extremadamente importantes. Sin embargo, advierte el analista de la cultura y la comunicación, “no son los únicos sitios, ni siquiera los sitios más importantes para la mayoría de la gente la mayor parte del tiempo”. Más bien, para el grueso de los individuos, las relaciones entre poder y dominación que más fuerte y más directamente inciden y les afectan son aquellas que están cercanas a su medio ambiente, a su hábitat inmediato y que son representativas de los contextos socioculturales en los que transcurre la monotonía rutinaria de su vida diaria, como la casa familiar, el sitio de trabajo, el aula escolar, o los nexos con los pares o grupos de iguales. Tales sitios constituyen los ámbitos contextuales en los que los hombres, mujeres y niños realizan su existencia durante la mayor parte del tiempo, en un constante proceso de acción e interacción, como protagonistas de su propia vida, emitiendo mensajes y recibéndolos, asimilándolos, negociándolos o rechazándolos, y plasmando sus inquietudes y valoraciones sobre sí mismos y sobre el mundo social.

“Tales contextos están organizados en formas complejas. Entrañan desigualdades y asimetrías de poder y recursos, algunas de las cuales pueden vincularse con desigualdades y asimetrías más amplias que se repiten de un contexto a otro, y que atañen las relaciones entre hombres y mujeres, entre negros y blancos, entre los que poseen riquezas y bienes y los que carecen de ellos”.³⁶

En los sitios de la vida común y ordinaria de la población a los que se refiere el teórico inglés, se registra, se recicla --y se vehiculiza en el entorno social del ghetto o el barrio rural o urbano-- la comunicación directa o la interacción cara a cara. Sin restar importancia a otros tipos de comunicación, como la de los medios masivos que potencian los discursos, la interacción cara a cara o la comunicación

³⁶ Thompson (2002), **Op. Cit.**, p. XIX.

interpersonal, sin embargo, es la que más directamente expresa los sentimientos e intereses directos y esenciales de los sujetos, las familias y los grupos; estos entornos interactivos de cercanía, vinculación y socialización, sin duda constituyen los ámbitos en los que se construye, se materializa y se vive un mundo de la vida particular, y donde al final de cuentas se definen y determinan no sólo los rasgos o características de la vida concreta y presente, sino también los derroteros y los horizontes de expectativas básicos de la existencia humana. Se registra siempre como parte del escenario, claro está, una conectividad sustantiva entre ambos mecanismos de ejercicio comunicacional, así como entre las esferas pública y privada; y tal vinculación compleja puede revestirse de múltiples formas ideológicas, sobre el preexistente contextual o socioeconómico que implican las desigualdades socioculturales, los desequilibrios estructurales y las diferentes asimetrías de poder.

En torno a las cinco características de las formas simbólicas desarrolladas por Thompson, medulares para la concepción estructural de la cultura que ha propuesto, advierte que todas ellas intervienen en la constitución de los hechos y fenómenos, pero las maneras específicas y la importancia relativa de cada una de ellas, pueden variar según sea el objeto simbólico en cuestión. Empero, lo importante es que los aspectos:

- a) **intencional**,
- b) **convencional**,
- c) **estructural**,
- d) **referencial**, y
- e) **contextual**,

se relacionan todos, explica el autor, con lo que se transmite comúnmente por medio de los términos “significado”, “sentido” y “significación”. Y luego de puntualizar que uno de los fines es distinguir las características “clave” que permiten definir a las formas simbólicas como “fenómenos significativos”, Thompson desglosa:

a) **El aspecto intencional.** Las formas simbólicas, dice, “**son expresiones de un sujeto y para un sujeto (o sujetos)**”. Es decir, aquéllas son construidas siempre con objetivos o propósitos de comunicación. De tal manera que la constitución de los objetos como formas simbólicas “presupone” que hayan sido producidos, construidos o empleados por un sujeto para dirigirlos a otros, o bien que sean percibidos como si hubiesen sido producidos con tal intencionalidad. Empero, la intencionalidad no siempre es consciente y no necesariamente el “significado” responde fielmente a lo que el sujeto se propuso o quiso decir. En cualquier caso, el mensaje puede ser “poco claro, confuso, rudimentario o inaccesible; el sujeto pudo haber tenido intenciones diversas, conflictivas o “inconscientes”, o quizá simplemente ninguna intención clara”.

b) **El aspecto convencional.** Este punto se refiere a que tanto la producción, la construcción, el empleo y la interpretación de las formas simbólicas son procesos que implican el uso de “reglas, códigos o convenciones” de varios tipos. Y se aplican durante la vida práctica, como esquemas implícitos y tácitos, tanto en las reglas para la codificación como para la decodificación. Y éstas no necesariamente coinciden o coexisten, en función de que los códigos de producción de un determinado discurso no implican que los códigos de interpretación de los grupos de receptores sean similares. Por ejemplo, una acción o una obra podrían “interpretarse como un acto de resistencia o una amenaza al orden social, como una señal de cansancio o como un síntoma de enfermedad mental, aunque la acción ni se haya codificado de acuerdo con ninguna regla o convención particular”. Depende, pues, de los códigos particulares de los grupos sociales y de los individuos, el que se logre una comunicación eficaz, o que responda a las intencionalidades originalmente pensadas y transmitidas.

c) **El aspecto estructural.** Las formas simbólicas presentan una **estructura articulada**, en el sentido de que sus elementos poseen entre sí determinadas relaciones. Se distingue aquí la **estructura** de una forma simbólica, y el **sistema** que es representado en formas simbólicas particulares. El autor explica: La estructura de una forma simbólica es un patrón de elementos que pueden distinguirse. En cambio, un sistema sería una constelación de elementos “sistémicos”, que existen al margen de cualquier forma simbólica, pero que se concretan y realizan en formas simbólicas particulares.

d) **El aspecto referencial.** Como parte de su inmanencia, las formas simbólicas son construcciones que remiten a cuestiones que están fuera de su propia estructura discursiva. Todas ellas, “típicamente representan algo, se refieren a algo y dicen algo acerca de algo”. El referente es extralingüístico: captar el aspecto referencial requiere “una interpretación creativa que vaya más allá del análisis de los rasgos y elementos internos, y que intente explicar lo que se representa o dice”. Las figuras o expresiones se “refieren” o representan a algún objeto, individuo o situación; en la concatenación de sus rasgos, o a través de alguno o algunos de sus detalles internos, las formas simbólicas dicen algo acerca de aquéllos, los afirman, los expresan, los proyectan o los retratan.

e) **El aspecto contextual.** Se trata de un punto nodal del método estructural, en el que las formas simbólicas se construyen, se realizan, aparecen y “**se insertan siempre en contextos y procesos sociohistóricos específicos en los cuales, y por medio de los cuales, se producen y reciben**”. Por ejemplo, dice el autor, una simple frase dicha en cualquier situación, se inserta en un contexto “y puede llevar las huellas” --en términos del acento, la entonación, el modo de dirigir la palabra, la elección de las mismas, el estilo--, de las relaciones sociales características de tal contexto. En el caso de las formas más complejas, dependen de los contextos y las instituciones que las crean y mediatizan; son cruciales la manera en que se inventan,

construyen, difunden y reciben, así como el sentido y el valor específico para los perceptores. Por ejemplo, “el escenario y la ocasión del discurso, las relaciones entre quien habla y el público, el modo de transmisión del discurso y las maneras en que lo recibe el público no son aspectos del discurso mismo”. Es decir, éstos sólo pueden distinguirse en función de los contextos sociales, institucionales, así como de los procesos en los cuales se expresa, transmite y recibe el discurso, y tomando en consideración también “las relaciones de poder, las formas de autoridad, los tipos de recursos y otras características” contextuales. Y éstas tienen que ver, además de la importancia de las relaciones entre las clases sociales, con otras divisiones fundamentales, como las que ocurren entre géneros, grupos étnicos y los Estados-nación. Y en consecuencia, precisa el autor, las

“diversas características de los contextos sociales son constitutivas no sólo de la acción y la interacción, sino además de la producción y la recepción de las formas simbólicas”.³⁷

De tal manera que el contexto resulta crucial en el análisis de los fenómenos culturales. Por ejemplo, en un momento determinado, los trabajadores de la cultura o los artistas, tomando en consideración las características de la sociedad, o en su defecto del mercado cultural en donde se encuentra insertos pueden transformar, modificar, adecuar y manipular inclusive hasta las formas y el estilo de sus elaboraciones, con la pretensión, la intención o la idea de alcanzar eficazmente a una específica clientela. Expresamente, un autor, por ejemplo,

“puede modificar el contenido de un libro con la esperanza de atraer a determinado grupo de lectores (o con la esperanza de no ofender a otros); y un productor de televisión puede alterar un programa ante las expectativas acerca de la naturaleza y la cantidad de público”. Y es que la “recepción no es un proceso pasivo de asimilación; es más bien un proceso creativo de interpretación y valoración, en el cual el

³⁷ John B. Thompson (2002), **Ideología y cultura moderna. Teoría crítica social en la era de la comunicación de masas**, Ed. UAM, México, pp. 202-217.

significado de una forma simbólica se constituye y reconstituye activamente”.³⁸

En este plano, el mercado de la industria cultural posee una importancia relevante. El funcionamiento de éste se encuentra en correspondencia con los parámetros e intereses de la sociedad mercantil, potenciada al mismo tiempo por la acción y la participación de los medios masivos de comunicación, que responden a su vez a los intereses hegemónicos de la sociedad. De tal suerte que los hechos y los fenómenos culturales, de esta formación social profusamente mediatizada, tienen que ser contextualizados, ubicados y comprendidos como formas dependientes de las relaciones sociales, en las que siguen desempeñando un papel fundamental las instituciones y corporaciones empresariales y los enclaves económicos, cuyas ramificaciones ocupan los espacios locales, regionales, nacionales y transnacionales. En este tenor, explica Gilberto Giménez que en el mundo moderno la circulación de esas

“formas simbólicas está mediada por mecanismos e instituciones de comunicación de masas que han alterado profundamente la naturaleza misma de la cultura y los modos de transmisión o comunicación cultural. Thompson destaca este hecho mayor de nuestra actual situación cultural que él denomina **mediatization of culture**, esto es, la “mass-mediación” generalizada de la cultura”.³⁹

Respecto del análisis sociohistórico contemplado como parte primordial del enfoque estructural de la cultura, se plantea como objetivo la reconstrucción de las condiciones de “producción”, “circulación” y “recepción” de las formas simbólicas. Thompson desglosa cinco características que podrían ser consideradas como “típicas” de los contextos sociales. Son las siguientes:

- 1) los escenarios espacio-temporales
- 2) los campos de interacción

³⁸ **Ibid**, pp. 227-228.

³⁹ G. Giménez, **Op. Cit.**, p. 61

- 3) las instituciones sociales
- 4) la estructura social
- 5) los medios técnicos de transmisión

1) En el caso del análisis de los escenarios espacio-temporales, se trata de registrar e indagar en torno a los sitios o los lugares específicos en que se producen y son recibidas las formas simbólicas. De tal suerte que éstas son “producidas (expresadas, actuadas, inscritas) y recibidas (vistas, escuchadas, leídas) por individuos situados en ubicaciones específicas, que actúan y reaccionan en momentos y en lugares particulares”.

2) En segundo término, las formas simbólicas se observan de manera habitual en ciertos “campos de interacción”, que permite que los individuos aprovechen los diversos tipos y cantidades de recursos o “capital” que tienen a su disposición. Tales campos existen como conocimiento práctico, que se aprende de manera paulatina y se reproduce continuamente durante la vida cotidiana.

3) En cuanto a las instituciones sociales, éstas se sitúan en campos de interacción, en los cuales fijan posiciones y trayectorias, pero al mismo tiempo pueden crear nuevos campos, como el caso de los medios de comunicación, que incluyen, entre otros aspectos, reglas, recursos y relaciones.

4) Respecto de la estructura social, el análisis exige “un nivel más teórico de reflexión”, para tratar de esclarecer “las asimetrías y diferenciales sistemáticas de la vida social”, como por ejemplo el análisis que tiene que ver con la formación y la reproducción de las clases sociales.

5) Finalmente están los medios técnicos de transmisión, que no aparecen ni existen de forma aislada. “Presuponen siempre ciertas habilidades, reglas y recursos para codificar y decodificar mensajes, atributos distribuidos en sí mismos de manera

desigual entre los individuos”. Los medios, de manera frecuente, se despliegan en aparatos institucionales que pueden estar relacionados con el control de la producción y la distribución de las formas simbólicas. Es decir, el análisis no puede fijar sus objetivos en los aspectos meramente instrumentales y técnicos; implica, más bien, elucidar los contextos sociales en los cuales se despliegan tales medios ⁴⁰

El proceso de aprehensión y comprensión general de nuestro objeto de estudio, en tanto fenómeno social e históricamente edificado, así como los propósitos de elucidación, están mediados y condicionados no solamente por el método y las herramientas de análisis explicitadas, sino por el hecho mismo de que la problemática, como aspecto actual de la conflictiva social, se encuentra en una situación de permanente expresividad, como fenómeno vivo que se despliega a través de diferentes mecanismos sociales y culturales, en los cuales los medios de comunicación desempeñan un papel protagónico fundamental, pero en donde también la comunicación de tipo factual y los recursos de la comunicación oral, interpersonal y cara a cara, han desempeñado una labor fundamental. Un aspecto llamativo de la “narcocultura”, como el de la violencia excesiva de las ejecuciones y ajustes de cuentas, se traduce en escándalo en los medios de información, se materializa y registra de manera intermitente, de forma oscilatoria y pendular, a la alza y a la baja y a la alza, pero que sin duda ha terminado por afectar las percepciones culturales, de propios y extraños, sobre el fenómeno del narcotráfico. Y mientras, siguen presentes en los fondos sociales o en el mundo social violencias latentes y contenidas, así como manifestaciones diversas de comportamientos transgresivos de menor publicitación, ligadas a la industria de las drogas ilegales. Forman parte de su misma constitución y de su propia trayectoria.

Como consecuencia del impacto social e histórico del narcotráfico, la asimilación cultural de la temática ha significado no sólo la elaboración de múltiples

⁴⁰ Thompson, *Op. Cit.*, pp. 408-412.

artículos o productos alusivos, sino que en el discurso de la sociedad, en general, la tropología en torno a las drogas ocupa un lugar también protagónico. Esto es una constante en los medios de comunicación, sobre todo en los medios impresos, que dan cuenta corriente de un lenguaje que presupone familiaridad y cotidianeidad. Aparte de ello están las materializaciones en las obras del arte y la cultura y las reacciones y los reflejos en los discursos políticos, ideológicos y doctrinarios de las distintas esferas del poder político y administrativo, o de los grupos de poder religioso y económico. Y esto encuentra su correspondencia también en el habla popular, en el lenguaje común y cotidiano y en los discursos en general de la población. En suma, en el lenguaje de la sociedad el “narco” cohabita y comparte espacios, a través de la doxa, de forma referencial y por medio de los juicios morales y de valor, pero también por mediación de las mitologías, social e históricamente construidas, y de las propias y concretas expectativas de la vida que la población alcanza a intuir y visualizar.

En este sentido, Julieta Haidar cita a Adam Schaff para señalar que la relación entre lenguaje y cultura es doble, precisamente de causa y efecto, de factores y consecuencias, de influencias mutuas, recíprocas, en una vinculación dialéctica que se traduce por lo menos en dos aspectos:

“Uno, la influencia del lenguaje sobre los procesos de pensamiento y de conocimiento; dos, la influencia del lenguaje sobre los productos del pensamiento humano, tales como las ciencias, las técnicas, las artes, etcétera;...el lenguaje no sólo es uno de los elementos, sino también un co-creador de la cultura (en donde se realza el análisis dialéctico de la relación)”.⁴¹

Diversas aristas de ese lenguaje, de esa textualidad social y de esa cultura, son entonces objeto de nuestra atención en este estudio sobre “La narcocultura en

⁴¹ Julieta Haidar (1994), “Las prácticas culturales como prácticas semiótico-discursivas”, en **Metodología y cultura**, Ed. CONACULTA, México, p. 143.

Sinaloa”. Tomando como premisa el enfoque estructural de la cultura, discurrimos sobre la simbología significativa que alude a la problemática sinaloense, por vía del acercamiento etnográfico y sociocultural de la población y de sus manifestaciones más visibles, y a través por supuesto de los medios de comunicación de masas, de la industria cultural y de ciertas formas expresivas de naturaleza iconográfica, popular y artística, en los que las formas altamente condensadas de significados son representativas del quehacer cultural de una sociedad. Reconocemos desde luego los niveles diferenciados de la comunicación que van desde los ámbitos de la sociedad global a los ámbitos particulares e individuales, pasando por las escalas organizacional, intergrupala e interpersonal, que integran la proposición teórica de tipo piramidal, de acuerdo a la organización de la sociedad, de Denis McQuail. En esta idea, comunicación global; comunicación organizacional; comunicación intergrupala; comunicación interpersonal; y comunicación individual, serían los elementos de la escala y en ese orden; según el modelo de McQuail, los niveles superiores incorporan en sus dinámicas específicas las cualidades y las características particulares de cada uno de los niveles inferiores, en lo que constituye entonces el proceso general de comunicación de la sociedad de masas.

NIVELES:

- Comunicación de la sociedad global**
- Comunicación organizacional**
- Comunicación intergrupala**
- Comunicación interpersonal**
- Comunicación individual**

B) La comunicación.

En nuestro trabajo un aspecto central lo constituyen los mecanismos de la oralidad o la facticidad comunicativa, en donde están presentes aspectos que van desde los silencios hasta la gestualidad y que contienen una efectiva significación simbólica; se trata de una comunicación oral (comunicación cara a cara o comunicación interpersonal) que en importantes sectores y segmentos sociales y vastos espacios geopoblacionales ha sido el recurso primordial de socialización e interacción sociocultural. Dada la naturaleza de las formas grupales y comunitarias en buena parte de los sectores rurales o primarios del estado de Sinaloa, y ante los imperativos de la convivencia, la cotidianeidad y la cercanía de los miembros de la población, el lenguaje fundamental ha gravitado en torno a los intercambios interpersonales, además de que en tales latitudes geográficas los mecanismos mediáticos impresos y electrónicos son aún formas exógenas, distantes de las prácticas comunicativas propias de los grupos e individuos de los ámbitos rurales tradicionales. En éstos en los cuales imperan, hemos puntualizado antes, altos índices de analfabetismo real y funcional. Pero en términos generales estamos refiriéndonos a peculiares elementos o aspectos culturales y comunicativos, que van desde el rumor, la gestualidad, las señales, el flujo directo de la comunicación o los diálogos cercanos e intimistas cara a cara, que son expresión simbólica de una cultura y que están ubicados, siempre, en un mundo social que produce, reproduce y configura los imaginarios colectivos de la propia, directa y precisa escenografía de su realidad concreta.

Como podrá deducirse, partimos también de la idea de que no pueden disociarse cultura y comunicación, puesto que una involucra a la otra, y viceversa. No hay cultura sin comunicación. No existe la posibilidad de una comunicación sin el sustento de una cultura, cualesquiera que sean los niveles de ésta. Como diría Umberto Eco: la cultura debe ser estudiada como **“un fenómeno de comunicación fundado en sistemas de significación”**. Y bajo ciertas premisas plasmadas, sobre todo, por el teórico alemán Jürgen Habermas, quien sostiene en su obra **Teoría de la**

acción comunicativa II, que de hecho las manifestaciones y expresiones comunicativas inevitablemente se encuentran insertas “**a un mismo tiempo**” en varias vinculaciones dialécticas con el entorno y el mundo. La acción comunicativa, ha puntualizado el autor alemán, se fundamenta en un "proceso cooperativo" de interpretación en el que los participantes o involucrados

"se refieren **simultáneamente** a algo en el mundo objetivo, en el mundo social y en el mundo subjetivo aun cuando en su manifestación **sólo subrayen** temáticamente **uno** de estos tres componentes. Hablantes y oyentes emplean el sistema de referencia que constituyen los tres mundos como marco de interpretación dentro del cual elaboran las definiciones comunes de su situación de acción".⁴²

Nos permitimos referir aquí un ejemplo de nuestra específica problemática. Cuando un joven sembrador de marihuana, en las afueras de Guamúchil, en ruta hacia el norte pero aún por los rumbos del centro de Sinaloa, luego de relatar durante más de media hora diversas peripecias sobre la actividad (tierras, sembradores, compradores, precios, acciones de las policías, papel del ejército, etcétera), descubre que una pequeña grabadora, instalada en una silla como por descuido, ha estado registrando sus palabras, pasa del orgullo y la presunción con que se comportaba, al asombro, a la duda y el temor. Había pensado inicialmente que se trataba de una charla informal, anecdótica, entre amigos, como suelen darse las conversaciones comunes sobre la temática en los ámbitos sinaloenses. Y entonces expresó, levantándose de la silla y apuntando con un dedo flamígero, y el gesto y la mirada alterada y nerviosa, la magnitud de su azoro:

“¡Putra madre! ¿Está funcionando esa cosa? ¿Y ahora qué? No vas a decir mi nombre, ¿verdad?”.

Luego de tranquilizarlo, entre bromas propias de una tertulia, reclamó a un conocido suyo que estaba presente en la conversación:

⁴² Jürgen Habermas (1999), **Op. cit.**, p.171.

--¿Y tú, cabrón, porqué no me dijiste que estaban grabando?
 --Pues porque no me preguntaste-, respondió el aludido, entre risas y al mismo tiempo con sorna.⁴³

El joven, después de sentirse sorprendido y engañado, se negó a continuar hablando sobre el tema. Sin embargo, luego de cavilar en silencio durante algunos minutos, se atrevió a preguntar con cierta timidez:

--Oye: ¿y será que voy a ser famoso? ¿mi voz va salir en televisión?

Empero la interrogante expresaba ya algo más: como un dejo de emoción y no precisamente de temor o reclamo. El mundo objetivo implica la referencia a un hecho al que se accede por conocimiento y práctica directa: la siembra de la droga. El mundo social está representado por una construcción colectiva, en la que están involucrados diversos actores de la actividad, y a la que se alude para confirmar, reiterar y justificar la práctica individual. Y en este nivel de análisis el mundo subjetivo puede mostrarse en el mito, por ejemplo, de la fama y el éxito que se presumen asociados a la industria del narcotráfico, en este caso a través de la posibilidad de aparecer en uno de los principales medios de comunicación electrónica: la televisión.

Ante la incierta expectativa de aparecer como figura pública --como ha sido el caso de varios personajes sinaloenses, de otras regiones del país y de otras naciones en los que cierto tipo de individuos se han hecho célebres por sus andanzas y aventuras en el mundo de la transgresión--, se trascienden los riesgos, sin importar tanto la naturaleza de los mismos. El ejemplo ofrece un abanico de posibilidades de análisis y da pie para diversas interpretaciones, pero la señalada resulta ilustrativa, y significativa, respecto de la concepción teórica habermasiana.

⁴³ Conversación con el autor, Guamúchil, Sinaloa, enero de 2002.

Por lo pronto, en tanto objeto de estudio, temática, mediación y recurso e instrumento central de análisis en la presente pesquisa teórica y empírica, la comunicación es concebida, de inicio, como parte de las expresiones de la cultura que han contribuido, social e históricamente, en la paulatina conformación de ciertas aristas del fenómeno de la narcocultura, aunque sin pretender que el impacto de los medios de comunicación masiva, o su poder de influencia, posea un carácter omnímodo y determinista, como durante años se concibió en las primeras teorizaciones de tipo positivista, funcionalista y marxista. En el caso del marxismo, pero en un sentido inverso, en lo que tiene que ver con el supuesto determinismo de la estructura económica sobre la superestructura, uno de sus fundadores, Engels, al analizar los vínculos economía-ideología, tuvo que precisar en un momento dado que en ninguna situación tuvieron, Marx y él mismo, la pretensión de plantear algo en tal sentido. Y resulta plausible la acotación puesto que en los ámbitos culturales e ideológicos tampoco cabe el determinismo causalista que en muchos sentidos se le ha atribuido a los medios masivos de comunicación.

Sin embargo, más allá de tal cuestión, partimos de la premisa de que, en palabras del teórico inglés John B. Thompson, existe de forma clara un “impacto interaccional de los medios técnicos” que ha tendido a afectar, sin duda, “la organización social de la vida cotidiana” y de la cultura. Pero se trata de un efecto o de un impacto de carácter “interaccional” y no unidireccional de los medios técnicos sobre la sociedad o la cultura en general. De ésta que está constituida también por un mundo social en donde sin embargo tiene verificativo, de parte de los receptores en el proceso de la comunicación, la potencialidad de la acción participativa, en la que se registra una suerte de resemantización, y al mismo tiempo refuncionalización, de los discursos mediáticos significativos que forman parte de la vida pública y de la vida cotidiana de la sociedad. Esto se realiza a través de las vías de la internalización y/o selección, discriminación, negociación, combinación o franco rechazo del

mensaje, en tanto que la sociedad está integrada por sujetos-agentes-actores que son consumidores con capacidades diferenciadas, grados de formación e información peculiares y facultades inteligibles, racionales, y no precisamente como entes pasivos e inermes, capaces sólo, se ha dicho, para ser objetos de una arbitraria asimilación del discurso mediático. Frente a éstos, en realidad existe una efectiva y tangible toma de posición individual del receptor, que debe ser entendido, empero, como un agente social que percibe, retransmite, resignifica y recicla en su entorno y en su mundo social los mensajes --los que en esencia le interesan-- que han enviado los medios.

Por lo pronto, Thompson define, en **Ideología y cultura moderna**, que la comunicación de masas, **grosso modo**, puede ser vista en principio como “**la producción institucionalizada**” y como

“la difusión generalizada de bienes simbólicos por conducto de la transmisión y la acumulación de información/comunicación... Lo que ahora describimos como comunicación masiva es una serie de fenómenos y procesos que surgieron históricamente a través del desarrollo de instituciones que buscaban explotar nuevas oportunidades para fijar y reproducir las formas simbólicas”.⁴⁴

De frente al vertiginoso desarrollo técnico de los medios de comunicación, el estudio de la sociedad y de las manifestaciones y fenómenos culturales ha transitado por facetas diversas, en las que por lo general, y como es lógico, se ha ido siempre a la zaga de las innovaciones tecnológicas y del vigor de la llamada industria de la cultura. De las tendencias positivistas, a los modelos funcionalistas y los planteamientos críticos; de las metodologías cuantitativas y cualitativas a los enfoques formales y estructuralistas sobre los contenidos de los discursos, han constituido un abanico teórico que, en esas diversas proposiciones y preocupaciones, ha tenido una característica esencial: el estudio de la comunicación se ha estado

⁴⁴ Thompson, **Op. Cit.**, p. 319.

tramitando a través de múltiples disciplinas científicas que van desde la cibernética hasta la sociología, pasando por la filosofía, la lingüística, la antropología, la historia, la psicología, la economía o la ciencia política. En este sentido, la comunicación sería fundamentalmente una red o un intrincado campo de estudio, extenso, denso y complejo, en el que tienen que ver prácticamente todas las actividades teóricas de vertiente humanística y social. En tanto disciplina multifacética, híbrida o “de encrucijada”, y también campo, objeto y expresión de la cultura, la comunicación ha requerido --por razones instrumentales, técnicas, de objetivos y de fundamentación teórica--, del concurso epistemológico y metodológico de varias disciplinas científicas.

Miguel de Moragas, en su clásico libro **Teorías de la comunicación**, ha establecido por ello que la disciplina “más que una ciencia”, constituye **un proceso** y un campo de estudio que aparece y se construye tanto en los niveles cognoscitivos del sujeto como en su acción social. En consecuencia, puntualiza el comunicólogo español, hablar de la investigación de las comunicaciones de masas es, en la mayor parte de los casos y de los países, “hablar de investigación sociológica”. Frente a ello, explica en seguida, tratándose ya particularmente del fenómeno comunicativo como objeto de observación, éste “no es aislable de un doble contexto: el social en general y el que hace referencia al marco ecológico-comunicativo en el que este proceso se desarrolla”. Y precisa que al observar y estudiar las interrelaciones de los diferentes modelos de comunicación, se pone en claro y se revela que

“no existe ningún fenómeno comunicativo de masas que pueda ser interpretado como independiente de otros fenómenos comunicativos... La presión comunicativa a la que está sometido el hombre de la sociedad contemporánea no se transmite sólo, sino también, a través de los medios de comunicación de masas”.⁴⁵

⁴⁵ Miguel de Moragas (1984), **Teorías de la comunicación**, Ed. Gustavo Gili, Barcelona, p. 25.

En este sentido, el fenómeno del narcotráfico difícilmente podría ser estudiado como una manifestación aislada, como una expresión sin nexos sociales, sin causas o factores que han incidido históricamente en su conformación; no podría desligarse de los aspectos sociales, económicos, políticos y culturales, si se tiene la intención de entender, comprender y explicar las complejas dimensiones históricas y socioculturales en las que se encuentra fundado y asido un hecho que, al tiempo, ha rebasado y trascendido su propia condición de problema policíaco y de salud para ubicarse y revestirse como un expansivo fenómeno simbólico, con una raigambre de historia, economía y cultura, en el que están involucrados varios sectores sociales, distintas instancias de poder, diferentes intereses económicos locales, regionales, nacionales e internacionales (legítimos e ilegítimos), así como diversos hábitos socioculturales, amén de varios centenares de miles de trabajadores, ubicados en las estratégicas fases de la producción, la distribución y el consumo de los enervantes.

En función de lo anterior, no resulta casual ni arbitrario el término “narcocultura”. Se trata de un concepto que, por lo demás, alude no únicamente a los usos y objetivos mercadotécnicos, publicitarios, consumistas y sensacionalistas de los medios masivos de comunicación y de la industria de la cultura, sino que refiere y denota significaciones profundas y trascendentes, que simbolizan, dan cuenta y representan parte del mundo social y del imaginario colectivo que se ha construido una sociedad, y que tienen lugar, como datos sýgnicos y simbólicos precisamente del mundo de la vida, en los ámbitos comunes, reales, concretos y tangibles de la población.

Previamente y a la par de la expansión, socialización y difusión mediática de los elementos culturales que tienen que ver con la industria de las drogas ilegales, los grupos sociales involucrados en ésta han apuntalado y reforzado sus propias percepciones, códigos y valores en función de otras formas de interrelación, que tienen que ver básicamente con la comunicación oral o la comunicación fáctica, que

son las formas predominantes en los sectores rurales. Puede establecerse que ciertas tradiciones y costumbres, que ciertas creencias y valores y que ciertos hábitos culturales de grupos sociales subalternos, han sido retomados, reciclados y redimensionados por los medios de comunicación y por la industria de la cultura hegemónica. La cultura de masas, ha señalado Edgar Morin en **El espíritu del tiempo I**, no es más que el resultado “de una dialéctica producción-consumo en el seno de una dialéctica global que es la sociedad en su totalidad”.

Miguel de Moragas llama la atención respecto de que, a diferencia de los estudiosos de la comunicación que han dado prioridad a la cuantificación como método de investigación y análisis, Edgar Morin observa y destaca, más bien, la importancia que en cualesquier proceso de cultura posee la decodificación de los mensajes o de

“las unidades culturales. No se preocupa (Morin) únicamente por los contenidos, sino que abunda en la importancia de la recepción y de sus condicionantes: integración, proyección, que desarrolla, por ejemplo, cuando se plantea la importancia de la implicación de los espectadores ante los **stars**...”⁴⁶

La cultura de masas, de la que el mundo ha abrevado de manera intensa durante la última centuria, no se define en consecuencia exclusivamente en función de los mensajes y los contenidos que envían los medios masivos de comunicación. Se realiza igualmente desde los campos en que interactúan comúnmente los receptores. Y más: la cultura se conforma, y no podría explicarse de otra forma, con la dinámica propia del mundo social, con los rasgos y características peculiares del fenómeno cultural, con la injerencia de las instituciones políticas, económicas y mediáticas, además de la injerencia particular de la población consumidora que constituyen, reiteramos, el modelo comunicativo del **diamante cultural**. De manera

⁴⁶ Miguel de Moragas, **Ibid**, pp. 165-166.

que la cultura, entonces, recapitula De Moragas, es un sistema que “**hace entrar en comunicación, dialécticamente, una experiencia existencial y un saber constituido**” (subrayado nuestro).

Se trata del cruce de conocimientos y saberes disímbolos, de costumbres y tradiciones, de memoria y vida presente, en donde siempre tienen injerencia variados mecanismos comunicacionales. Pero además, agrega el investigador, con esa concepción

“se abre la puerta a la consideración de la influencia del “acontecimiento” y del azar, conceptos que para Morin serán de importancia central para la comprensión de la cultura de la sociedad capitalista... El ámbito que se atribuye a la cultura de masas supera ya claramente el marco de los **mass-media**...”⁴⁷

De tal suerte que la cultura de masas habrá de entenderse no solamente en relación con los grandes canales e instrumentos de la comunicación masiva, sino también en relación con otro tipo de acciones y formas comunicativas y culturales. Resultan más que evidentes los estrechos vínculos de la cultura y la comunicación, en donde por ejemplo las prácticas culturales son en sí mismas prácticas comunicativas, como las formas usuales de la comunicación interpersonal que se verifica de manera primordial en las comunidades rurales y campesinas del campo, la sierra y las montañas del estado de Sinaloa. Aunque la población tiene acceso a la comunicación electrónica a través de la radio y la televisión, los tipos de comunicación integrupal y “cara a cara” constituyen los vehículos fundamentales de interrelación, interacción y socialización entre los habitantes de los poblados y comunidades de una vasta zona geográfica que, en su mayor parte y desde hace muchos años, ha padecido los sobresaltos transgresivos de una actividad de alto riesgo, y en los que a fuerza de necesidad, costumbre, constancia y tiempo, ha

⁴⁷ **Ibidem**, pp. 169-170.

venido constituyendo los avatares, los senderos, las raíces, los rescoldos, las muescas y los hábitos de una férrea y sórdida cultura de la violencia.

Edgar Morin señala, en la perspectiva metodológica, que una teoría puede constituirse no únicamente en función de “regularidades estadísticas”,

“sino a partir de fenómenos y situaciones extremas, paradójicas, “patológicas”, que juegan un rol revelador...Para la sociología “evenemencial” el estudio del acontecimiento no es el estudio de la anécdota sino la vía de acceso clínico a lo que disimulan las regulaciones sociales, “la marcha normal” de la sociedad (...) No descartamos la idea de que un acontecimiento-accidente pueda cambiar el curso de una civilización”.⁴⁸

En varios sentidos el narcotráfico, más allá de ser una actividad altamente lucrativa, es un fenómeno al mismo tiempo extremoso, paradójico y también “patológico” de una sociedad que lo ha formado, fortificado e incentivado en función de sus propias contradicciones. En tanto industria en la que están involucrados miles de millones de dólares y varios centenares de miles de trabajadores clandestinos, así como múltiples empresarios y políticos desde las sombras de sus poderes privados y públicos, en la actividad se labora al filo del riesgo social. Es una actividad extremosa no sólo por lo que implica el enfrentamiento con el orden jurídico del establishment, sino también por las extremas ganancias que obtienen los involucrados, sobre todo los inversionistas, los dirigentes y los líderes. La paradoja esencial tiene que ver con el hecho de que muchos personeros oficiosos que presuntamente combaten, desde el Estado, el tráfico de drogas ilícitas, han sido en realidad quienes lo han fomentado tras bambalinas y desde sus espacios de poder, dirigiendo, controlando, aceptando o protegiendo las redes de producción y distribución desde hace varias décadas.

⁴⁸ Edgar Morin, citado por Miguel de Moragas (1984) en **Teorías de la comunicación, Ib.**, p. 171.

Pero más allá también de los mecanismos transgresivos que se echan a caminar en el trasiego que va de la siembra al consumo de las drogas, y que dejan secuelas de violencia, crímenes y muertes por doquier, por supuesto que se trata de una actividad que evidencia los síntomas “patológicos” de muchos individuos y grupos sociales predispuestos a los peligros que entraña la desviación social y dispuestos inclusive a dar la vida en el afán por obtener las mayores ganancias económicas de la forma más rápida posible. La frase popular parece ya un clásico de la creación musical en torno a la aventura del individuo que decide trabajar en el mundo de las drogas: “Prefiero vivir cinco años como rey que 50 como buey”. El investigador José Manuel Valenzuela, en un libro reciente, registra un revelador comentario de “Doroteo”, un sujeto ligado a la industria. Al referirse a la peligrosidad y al enriquecimiento abrupto, súbito y supuestamente fácil de los traficantes, “Doroteo” acotó en relación con el negocio:

“Fácil no, rápido sí. El riesgo es grande, primero perder la libertad, la vida, los principios. Los principios que dios nos señala, el ser humanitario...”⁴⁹

Múltiples son los intereses en juego y diversificadas son las esferas de la sociedad que resultan afectadas por un fenómeno que, aunque tiene su asiento en los ámbitos regionales, mantiene plenos vasos y venas comunicantes en los ámbitos internacionales. Valenzuela consigna, por ejemplo, que tan sólo en los bancos estadounidenses, y como producto del tráfico de drogas, se “lavan” anualmente entre 500 mil millones y 1.5 billones de dólares. Para el caso de México, de acuerdo a un funcionario de la banca, las operaciones de lavado de dinero equivalían a unos 21 mil millones de dólares, según consigna el propio José Manuel Valenzuela. Por supuesto, al paso de los años, el narcotráfico ha dejado de ser una anécdota, para transformarse en un hondo andamiaje estructural de la economía, y en parte

⁴⁹ José Manuel Valenzuela (2002), **Jefe de jefes. Corridos y narcocultura en México**, Ed. Plaza y Janés, México, p. 290.

importante, en este caso, de la imagen simbólica y del rostro “desviado” de la cultura. Y para el caso del estado de Sinaloa, el mismo exgobernador sinaloense Juan Sigfrido Millán Lizárraga calculaba que más del 60 por ciento de la economía regional, en diferentes rubros, se encontraba infiltrada por los recursos y la derrama histórica del tráfico de estupefacientes.

1.-Enfoques

Conviene señalar, de principio, que en el contexto de la Ilustración y del crecimiento y desarrollo de la industrialización, que trajeron consigo la consolidación y la ampliación de la sociedad de masas, la comunicación ha jugado un papel preponderante, como parte crucial y significativa precisamente de los tiempos de la modernidad. Con el advenimiento de la sociedad industrial se evidenció un vertiginoso incremento demográfico, que devino luego en una ampliación de la alfabetización, así como una paulatina concentración de las poblaciones urbanas en cada vez más grandes ciudades, además de la organización de la producción industrial y tecnológica de mercancías a gran escala, el tráfico mercantil, el desarrollo del comercio, entre otros aspectos. Sin embargo, es a partir de las primeras décadas del Siglo XX cuando se fueron gestando las iniciales preocupaciones teóricas y analíticas en torno a la comunicación, en parte como resultado de la creciente importancia social de los medios masivos como la prensa, la radio y el cine. Es decir, ya la comunicación mediática de la sociedad había adquirido carta de identidad y características de notoriedad en los ámbitos públicos de la sociedad y la cultura. Y es que desde el origen de la comunicación mediática, específicamente de la prensa de fines del siglo XVII y principios del XVIII, ha sostenido Habermas que el tráfico de información y de noticias se desarrolla

“no sólo en relación con las necesidades del tráfico mercantil: las noticias mismas se han convertido en mercancías. La información periodística profesional obedece, por tanto, a las mismas leyes del mercado, a cuyo surgimiento debe ella su propia existencia”.⁵⁰

La comunicación alcanzará una especie de esplendor masivo a lo largo del Siglo XX, como expresión, igualmente, del fortalecimiento y sofisticación tecnológica de la economía mundial. Es en este contexto en el que hacen su

⁵⁰ Jürgen Habermas (1981), **Historia y crítica de la opinión pública**, Ed. Gustavo Gili, Barcelona, p. 59.

aparición las proposiciones y los análisis teóricos respecto de los usos, las funciones, el papel y la importancia de la comunicación en términos mediáticos. Para los fines de nuestra investigación la alusión a los modelos y los esquemas de comunicación propuestos desde las perspectivas positivista y funcionalista, tienen básicamente un sentido referencial, en tanto anclajes teóricos que han permitido sintetizar momentos históricos en el derrotero de la comunicación de masas, que puede ser vista, en tanto premisa, más que como una ciencia o una disciplina cabalmente formulada y formalizada, como un campo y un proceso complejo que está presente, particular y generalmente, en los niveles cognoscitivos individuales del hombre, en la acción social y en las manifestaciones culturales. Se trata de una disciplina conformada y cruzada por diversos paradigmas teóricos, que le otorgan una especie de perfil de “encrucijada”.

Sin embargo, en principio, en la hibridez epistemológica y conceptual reside parte de su amplitud y su importancia dentro de los estudios sobre la sociedad y la cultura. De Moragas explica que resulta pertinente reiterar y puntualizar que la relación entre la investigación de los hechos y los fenómenos de la comunicación y las diferentes disciplinas sociales en su conjunto, no obedece sólo o exclusivamente a cuestiones de naturaleza epistemológica, sino que se alude, igualmente, a las prácticas y aplicaciones concretas de las ciencias sociales

“en relación con el objeto de estudio elegido...La necesidad de interdisciplinariedad no aparece, entonces, como un capricho o moda académica, sino como una necesidad de dar respuesta al enfrentamiento entre el objeto-comunicación y las disciplinas sociales”.⁵¹

De manera que la comunicación empezó su derrotero y su evolución, en función precisamente de la diversidad de objetos de estudio, con las herramientas teóricas, técnicas y metodológicas de varias especialidades y disciplinas. Ha sido el

⁵¹ Miguel de Moragas, **Op. Cit.**, pp. 16-23.

sino y su destino, desde que a fines del siglo XIX y durante el primer tercio del siglo XX la masificación de las sociedades empieza a establecerse y alzarse como un fenómeno y una problemática de la industrialización. Entonces se delínean las primeras preocupaciones relativas a la sociedad de masas, y que ejercieron una importante influencia ideológica, política y doctrinaria durante varias décadas: la llamada teoría crítica de la sociedad, enarbolada por el Instituto de Investigación Social de Frankfurt, mejor conocido como la Escuela de Frankfurt, entre los que descollaban Theodor Adorno, Max Horkheimer, Walter Benjamín, Herbert Marcuse y Erich Fromm.

La Escuela de Frankfurt, a la que aludimos en el apartado previo, denunciaba básicamente que los medios de comunicación tendían, concebidos como entidades de omnímodos poderes, y con la vastedad del alcance de los contenidos de los mensajes, a la pauperización de las artes y de la cultura, al tiempo que adocenaban, manipulaban y alienaban a las masas, transformándolas en aglomeraciones de individuos sin identidad y sin rostro, dispersos, pasivos, sumisos, obedientes y consumistas, amén de moldearlos prácticamente como acríticos esclavos de la ideología de la burguesía y del capitalismo. Así, en relación con la pérdida y degradación del arte como consecuencia de la masificación social y cultural, decían, por ejemplo: “...la obra mediocre ha preferido siempre semejarse a las otras, se ha contentado con el sustituto de la identidad. La industria cultural, en suma, absolutiza la imitación”.⁵²

A principios también del siglo XX fue puesta en boga la teoría de la “aguja hipodérmica”, una concepción de talante y formulación mecanicista, que consideraba a los medios también igualmente como agentes de gran poder de penetración e influencia social. Se pensaba que los mensajes eran percibidos más o menos de manera similar por los individuos de la sociedad, atendiendo a la fórmula

⁵² Theodor Adorno y Max Horkheimer, **Dialéctica del iluminismo**, Op. Cit., p. 158.

del estímulo-respuesta. De hecho, se concebía que los resultados o los efectos del proceso comunicativo eran determinados de forma indubitable por los emisores. Y un poco después, a fines de los cuarenta, empieza a forjarse la teoría del análisis funcional, en donde habrían de destacar Charles R. Wright y Harold Lasswell; este último se proponía estudiar el problema de la comunicación en su estructura y en sus funciones, pero llamaría la atención, sobre todo, con el modelo que lo haría famoso y célebre, hasta la fecha, y que consistía en las interrogantes

--¿Quién?

--¿Dice qué?

--¿En qué canal?

--¿A quién?

--¿Con qué efecto?

El análisis funcional habría puesto el acento precisamente en el estudio de los papeles de los medios. Y ello tenía que ver, primero, con la función relacionada con la supervisión del entorno y del ambiente social, a través por ejemplo de la recopilación y distribución de información y noticias (una sociedad vista como un paciente, y los medios como agentes médicos encargados de diagnosticar sus males y derroteros); en segundo lugar con la interpretación mediática (con la necesidad y la función de plantear pronósticos) de los acontecimientos; en tercero, se supone en los medios el papel necesario de la transmisión de la herencia cultural, incluidos normas y valores socioculturales; y finalmente la cuestión relativa al entretenimiento. En otros términos, el enfoque funcionalista dejó de priorizar el estudio del impacto y de los efectos, que había sido la preocupación primordial en los estudios comunicacionales, para indagar en torno a los roles o las funciones, además de las disfunciones, desempeñadas por los medios en sus nexos con la sociedad global.

Charles R. Wright, destacaría las siguientes funciones y disfunciones mediáticas: de advertencia y usos instrumentales y pragmáticos; aportación de prestigio a quienes se informan (entre ellos, los llamados líderes de opinión); aportación de estatus a quienes aparecen en los medios; y la función moralizante al exhibir las problemáticas y las desviaciones sociales. Y en cuanto a las disfunciones generadas por los medios, serían la amenaza a la estabilidad social al informar sobre la existencia de mejores sociedades y mejores condiciones de vida; el riesgo de la provocación de pánico ante los peligros; la generación de ansiedad ante la información de hechos negativos; y finalmente la inducción hacia el aislamiento, la apatía y la “narcotización”, cuando se hace creer al público de que se participa en la vida social a través de la información publicitada por los medios masivos de comunicación ⁵³.

Por su parte Florence Toussaint, en el texto **Crítica de la información de masas**, ha sintetizado la proposición del análisis funcional de la siguiente manera:

“La caracterización funcionalista de los medios de comunicación se resume en dos grandes funciones sociales y una disfunción”: conferir prestigio, reforzamiento de normas sociales y disfunción narcotizante...”

En este sentido, añade la investigadora, y de acuerdo a la tesis funcionalista, las personas, por ejemplo, resultan afectadas e influidas en la adopción y la toma de sus decisiones más bien

“por el contacto personal que por la influencia de los medios de masas. Esto se debe a las ventajas particulares de las comunicaciones personales: los contactos son más flexibles, permiten la respuesta y la retroalimentación inmediatas”.⁵⁴

⁵³ Véase José Carlos Lozano (1996), **Teoría e investigación de la comunicación de masas**, Ed. Pearson-Longman, México, pp. 46-47.

⁵⁴ Florence Toussaint (2000), **Crítica de la información de masas**, Ed. Trillas, México, p. 15.

A la par de las investigaciones de Lasswell y Wright, fue planteándose el paradigma denominado como “comunicación en dos pasos”, que consiste en un proceso que va de los medios a los líderes de opinión y de éstos hacia el público. En esta relación, y según investigaciones de Paul Lazarsfeld y otros como Berelson y Katz, la influencia mediática decisiva sobre los individuos se produce no desde los medios a los individuos, sino fundamentalmente a partir de la labor de los líderes y dirigentes políticos y sociales en sus nexos gregarios con los diversos sectores y grupos de la población. De tal manera que los mensajes de los medios pasan necesariamente por los filtros selectivos y de negociación de los agentes sociales que funcionan como representantes de facto o actores de mediación entre público y medios de comunicación. Explica Lozano que tales autores desarrollaron, en consecuencia, el enfoque teórico “de la influencia personal”, conocido también como “enfoque de los efectos limitados” que da especial relevancia y destaca la importancia de los contactos y nexos personales por encima de

“la exposición a los medios masivos de comunicación, o del flujo de la comunicación en dos pasos, que enfatiza el proceso de circulación de información y opinión de los medios a los líderes y de éstos a sus seguidores...Así, los medios, más que cambiar la actitud de los receptores hacia ciertas personas, cosas o procesos, refuerzan predisposiciones, valores y actitudes preexistentes”.⁵⁵

Toussaint se ha referido también a esta tendencia que marcó un hito en los trabajos relativos a la comunicación durante la primera mitad del siglo XX. Sin embargo, la investigadora ha precisado que, más que “comunicación en dos pasos”, se trataría de un proceso de “pasos múltiples”. En virtud de las diversificadas vinculaciones e interacciones sociales, en este caso

“los fenómenos de comunicación en el liderazgo de opinión adquieren el carácter de “pasos múltiples”, debido a la existencia de repetidores

⁵⁵ Lozano, **Op. Cit.**, p. 48.

de las afirmaciones de los líderes, quienes por su parte también buscarán las opiniones de otras personas”.⁵⁶

A los planteamientos teóricos apuntados se suman diversas proposiciones en materia de comunicación, y llaman la atención, sobre todo, los modelos macroeconómicos de la economía política crítica y de las tesis del imperialismo cultural. Principalmente éste, con fuertes contenidos doctrinarios e ideológicos, fueron teorizaciones que tuvieron una extendida influencia en América Latina, por decir lo menos. Más allá de sus aportes analíticos sobre las acciones y los alcances económicos y alienantes de la industria cultural sobre la población mundial, el enfoque del imperialismo cultural, por ejemplo, no podía soslayar una explícita visión maniquea respecto del papel omnisciente y todopoderoso de los medios, frente a los públicos inermes y desprotegidos que, como masa, prácticamente no oponían resistencia ideológica y cultural ante el vendaval de los mensajes que tendían, entre otros fines, a la exacerbación del consumo de los bienes materiales e ideológicos del imperialismo. Entre otros, los autores más representativos serían el norteamericano Herbert Schiller y el chileno Armand Mattelart.

En términos generales puede afirmarse que las tendencias formuladas desde la perspectiva de la economía política y del imperialismo cultural, que fueron perspectivas trabajadas con amplitud en los ámbitos académicos en sus afanes eminentemente ideológicos, mantuvieron cercanías y coincidencias con las proposiciones de la sociología de la producción de mensajes (por ejemplo Pamela Shoemaker y Stephen Reese, entre otros), pero aquéllas enfatizaban el análisis y la crítica, de sustento marxista en su mayor parte, en torno al papel de las corporaciones internacionales de la industria de la cultura respecto de la dominación de las conciencias, así como sobre las condicionantes más generales, amplias y globalizantes del mundo de la comunicación. La perspectiva de la economía política,

⁵⁶ Toussaint, **Op. Cit.**, p. 16.

afirma Lozano, fue una importante tradición de la corriente crítica y puso el acento en las cuestiones que tenían que ver con la propiedad y el control de los medios de comunicación, así como con la influencia de los patrocinadores, empresarios y anunciantes publicitarios con el contenido de los discursos y mensajes comunicacionales, amén de los vínculos de las corporaciones y organizaciones de los medios masivos con los gobiernos.

En forma específica, la corriente del imperialismo cultural, agrega el investigador, se preocupó más precisamente por los contrastes, los “desequilibrios y desigualdades” en los flujos de comunicación, de medios y mensajes, existentes entre los países centrales y periféricos, y que tienden a beneficiar económica e ideológicamente a las naciones industrializadas, en perjuicio de la mayor parte de la población mundial. De tal manera que los sistemas de comunicación, anotaba un investigador,

“crean el medio ambiente cultural presionador de un sistema de vida, de un estilo de ser y relacionarse con los demás. Impulsan el consumo como meta principal y articulan la idea de un ciudadano tipo para la **civilización del consumo...**”⁵⁷

Junto a las tesis de la economía política crítica, del imperialismo cultural y de la corriente sociológica de la producción de mensajes, fueron formulándose otras tendencias, como por ejemplo el enfoque del llamado “análisis del cultivo” y la denominada “agenda setting” o establecimiento de la agenda. Ambas conciben a los receptores como sujetos activos, y plantean que la influencia de los medios de comunicación de masas ocurre no tanto de forma inmediata o sobre la conducta, sino más bien que se trata de proceso de largo plazo y que termina impactando en las cogniciones. En el caso del “análisis del cultivo”, se estima que los medios, desde la diversidad de las fuentes, los canales y los contenidos, “cultivan” precisamente en el

⁵⁷ Fernando Reyes Matta, citado por Lozano (1996), **Op. Cit.**, p. 97.

público, de alguna forma como predisposición, ciertas concepciones, valores, normas, creencias, que se van tramitando por concentración o “acumulación” de los mensajes mediáticos.

Los efectos de los medios, apunta Lozano, en realidad no deberían ser medidos sólo en términos de cambios inmediatos en el comportamiento, sino también “por el grado en que cultivan ciertas expectativas de la vida”. Debido al estilo, a las estructuras y a los formatos de los mensajes comunicacionales, particularmente de la televisión, que poseen una naturaleza de suyo repetitiva y predecible, explica el investigador en torno a las propuestas de tal enfoque, que al paso del tiempo, de los meses y los años, los receptores van obteniendo, o absorbiendo paulatinamente, poco a poco, "**cogniciones**", que a fuerza de insistencia o reiteración, llegan a transformarse en “actitudes” y muy a largo plazo, llegarían a propiciar “ciertas conductas”. Y para el asunto específico de la violencia, de acuerdo al enfoque del análisis del cultivo, el contexto sociocultural

“tiene que ser propicio en un individuo (pobreza, desempleo, carencia de educación, familia desintegrada, etcétera) para que la violencia televisiva funcione como detonador de conductas violentas...Sin embargo, lo anterior no significa que las constantes imágenes de asesinatos, pleitos, destrucción, accidentes, balaceras y agresiones verbales que desbordan la televisión comercial sean inofensivas para los televidentes”.⁵⁸

En el caso de la “agenda setting”, los medios más bien, en su papel activo, propondrían los temas de discusión para una sociedad determinada y ésta terminaría por hacerlos suyos; es decir, la influencia sobre el público habría de verificarse de manera oblicua, indirecta, pero efectiva al final de cuentas según tal concepción, en torno a qué asuntos constituirían los mas importantes y necesarios para ser vistos, comentados y discutidos en la vida pública. Respecto de la premisa esencial de la agenda, puntualizaba Bernard Cohen, la prensa, por ejemplo, resulta en la práctica

⁵⁸ Lozano, *Ibid*, pp. 135-139.

más que un proveedor de información, análisis y opinión. En este sentido establecía que era posible que en muchas ocasiones la prensa no consiguiese el supremo objetivo de determinarle o decirle al público en **qué** pensar, pero su influencia resultaba decisiva respecto a la cuestión de sugerirle al público o a los lectores en torno **de qué** pensar.

En tanto proposiciones que constituyen de hecho una suerte de anclajes teóricos respecto de los estudios de comunicación, los aportes de los anteriores enfoques, así como los del estructuralismo y la semiótica --en donde habría que destacar el sentido de la polisemia intrínseca de los mensajes--, que ponen el acento en los discursos en cuanto tales, conducen necesariamente a mostrar que diversas disciplinas están presentes en el análisis de los temas y problemas característicos de la sociedad actual. Y han destacado durante los últimos tiempos los estudios culturales que han colocado a los medios de comunicación como entidades o instituciones en contextos socioculturales, políticos e históricos de más amplia envergadura. En esta ruta teórica ha destacado la Escuela o el Centro de Estudios de Birmingham. Un teórico de los estudios culturales (Downing) ha puntualizado que tal enfoque tiende a mirar el sitio o área de una específica manifestación cultural como una suerte de “arena” donde de hecho se enfrentan diferentes perspectivas sociopolíticas, un lugar donde la población o los individuos comunes y corrientes pueden “reinterpretar y **resistir**” los valores hegemónicos del sistema social “y quizás crear su propia cultura y significados”.

Economía, filosofía, cibernética, lingüística, sociología, semiología, ciencia política, antropología, afloran de diversas maneras en los fundamentos epistemológicos, en las proposiciones y en los modelos, de la teoría de la comunicación. Desde ese abanico paradigmático se desprende, en consecuencia y por lógica, la forma en que deberemos continuar abordando nuestra interiorización hacia el estudio del fenómeno cultural del narcotráfico: como hecho social e

históricamente estructurado. Sin embargo, y sin menoscabo de la utilidad específica, en diversos ámbitos parcializados de estudio, de ciertas tesis, tendencias, corrientes o enfoques de comunicación enunciados hasta aquí, la naturaleza de nuestra temática exige una metodología sólida, pero al mismo tiempo amplia, diversa y abierta, no esquemática o maniquea, ni limitada hacia alguno de los elementos con que se identifica **grosso modo** o de forma clásica al proceso comunicativo; es decir, el mensaje, el medio y la recepción del proceso comunicativo; la metodología más amplia, reiteramos, se encuentra a nuestro juicio fundada en el enfoque estructural de la cultura (sustentado tal enfoque por autores como Clifford Geertz y John B. Thompson), en donde los actores de los hechos sociales mantienen una activa injerencia y una real participación, en tanto emisores o receptores activos, en la conformación social, histórica y contextual precisamente de los fenómenos de la cultura.

2.-En torno a la comunicación interpersonal.

Es preciso resaltar que en nuestro trabajo un aspecto esencial lo constituye la cuestión de la comunicación interpersonal, que está presente de hecho en prácticamente todas las facetas que forman parte de la problemática cultural del narcotráfico. Sea en el terreno de las manifestaciones culturales, como en la esfera pública de la sociedad y la vida cotidiana de la población, además de las prácticas sociales de los grupos inmiscuidos en las relaciones transgresivas y de violencia propias de la industria de la producción, el tráfico y el consumo de enervantes. El habla, el discurso oral o factual constituye, en la práctica, el mecanismo a través del cual se erige la **doxa** de los ámbitos populares.

La comunicación interpersonal, cara a cara o factual, representa una de las prácticas preponderantes de interacción y socialización de la población sinaloense, en donde la gestualización adquiere una función relevante, dada su tendencia por los comportamientos comunicativos estridentes, de altos decibeles y de expresiva y festiva sonoridad. Las relaciones cara a cara y grupales siguen desempeñando un papel fundamental, incluso más importante como mecanismos de interacción, que otros modos o tipos de comunicación institucional como la de los medios electrónicos e impresos, aunque éstos hagan valer su hegemonía por su formalidad, su amplitud y su carácter masivo, y que sin duda nutren de contenidos, a su vez, a las agendas temáticas de amplios segmentos sociales. Y en esta línea comunicativa, el rumor, en tanto elemento primordial de las relaciones interpersonales, juega por supuesto un rol de significativa trascendencia en la comunicación popular, que ratifica el sentido de participación y reinterpretación del público en los ámbitos de la recepción de los mensajes.

Jesús Martín-Barbero ha insistido en que el fenómeno de lo popular se encuentra construido de "mestizajes", complicidades y contradicciones. Dada esa

composición y raigambre, se entiende porqué es capaz de vincularse con eficacia a la masificación de la cultura. Y es que, ha explicado el autor, las mediaciones implican un proceso en el que el discurso narrativo de los medios, por ejemplo, se adapta a la tradición narrativa tradicional del mito y el melodrama, en donde las audiencias o los públicos aprenden a reconocer su identidad cultural colectiva. Dice el teórico latinoamericano que el "redescubrimiento" de lo popular en los fenómenos, hechos y acontecimientos urbanos está en estrecha relación con la existencia de diversas costumbres y acciones comunicativas todavía vigentes entre los sectores populares, que pueden ser prácticas en ocasiones tradicionales (oralidad, rumores, chismes, chistes, relatos, etcétera), y en ocasiones retomadas de lo moderno. De tal suerte que se está metodológicamente –dice Martín-Barbero aludiendo a N. Casullo--, dentro de un “proceso” de elaboración de un nuevo modelo o esquema analítico que ubica directamente a la cultura

“como mediación, social y teórica de **la comunicación con lo popular**, que hace del espacio cultural aquél desde el que atisbar “las dimensiones inéditas del conflicto social a la vez que los nuevos objetos y formas de la rebeldía””.⁵⁹

En esta tesitura, una idea similar ha planteado Nestor García Canclini cuando cuestiona los supuestos de pasividad del público consumidor, como aún sostienen diversos analistas de la comunicación. Por el contrario, arguye, se registran, en el plano de la recepción, acciones de interiorización, asimilación, rechazo, negociación, reinterpretación o refuncionalización de los mensajes emitidos, en su caso por los medios de masas. Entre los programas televisivos, los discursos políticos o los diseños de los artículos materiales de consumo y los receptores, participan e intervienen

⁵⁹ Jesús Martín-Barbero (1987-B), **Op. Cit.**, p. 128.

"escenarios descodificadores y reinterpretadores: la familia, la cultura barrial o grupal y otras instancias microsociales. Cada objeto destinado a ser consumido es un texto abierto que exige la cooperación del lector, del espectador, del usuario para ser completado y significado".⁶⁰

Empero, en lo que concierne a la temática del narcotráfico, en virtud de los peligros y los riesgos que implican tales asuntos, la población discurre con amplitud sobre ello, aunque en los ámbitos fundamentalmente de tipo interpersonal. Los rumores se esparcen en la vida cotidiana como una fórmula que suple, aunque sea en una mínima expresión, la ausencia de información pública confiable. Basados en la experiencia y en la memoria, entre los participantes se registra una necesaria reelaboración discursiva, que es al mismo tiempo resemantizada y refuncionalizada. De rumor en rumor, y de chisme en chisme, los descubrimientos, los hechos, los relatos, los detalles y las suposiciones son señalados, reconstruidos, aderezados y transmitidos entre amigos, vecinos y miembros de barrios y colonias en las zonas urbanas y rurales, con lo que suelen fortalecerse, por ejemplo, la estigmatización de sujetos, las creencias populares y la extensa mitología en torno al mundo de las drogas y sus personajes. Los diálogos de carácter interpersonal, de naturaleza intimista, suelen, en un momento dado, fortalecer las creencias o las ideas y las convicciones personales de los involucrados.

Acercarse, registrar y acudir a "las voces" y los testimonios vivos, de tipo oral, constituye un recurso fundamental para tratar de comprender aspectos de la vida y de la doxa de individuos y segmentos sociales vinculados a la problemática en estudio. Un analista sostiene que acudiendo a tales individuos, se puede recoger una versión cercana a los hechos, los detalles y las circunstancias que tuvieron que ver, no únicamente con los acontecimientos, sino también con "los sentimientos y creencias que se sostenían en tales circunstancias". En ese ámbito, la memoria

⁶⁰ Néstor García Canclini (1999), **Culturas híbridas**, Ed. Grijalbo, p. 38.

tendría una función primordial porque recoge, reúne y sedimenta lo que ha juzgado como

"más relevante conservar y transmitir. Los testimonios no sólo narran hechos que sucedieron, también nos aportan maneras de ver y pensar las cosas, valores, inquietudes, anhelos; en fin, una gama de creencias y pensamientos que acompañaron sus experiencias pasadas". ⁶¹

Por su parte, el teórico alemán F. Böckelmann al referirse a la comunicación de masas en general, vincula a ésta con las prácticas cotidianas de la comunicación de diversos tipos como los aspectos gestuales y visuales, que ocurren a lo largo del tiempo, durante toda la vida. Y dice que los individuos, cuando en el papel de receptores consumen conscientemente los mensajes de la comunicación de masas, no sólo participan en ella en su tiempo libre o de ocio, sino que en realidad la reciben durante toda su vida:

"los estereotipos de la comunicación de masas son omnipresentes (en los carteles, en el vestido, en los movimientos y los gestos, en las maneras de hablar, en los recuerdos y las expectativas), e incluso la recepción directa de los medios se continúa en múltiples procesos de acabado y en charlas dentro de los grupos". ⁶²

En el entendido de que la comunicación interpersonal no solamente se realiza con base en el lenguaje oral, sino que intervienen formas comunicativas no verbales de variada índole, en la que sin embargo está presente siempre la capacidad cognoscitiva de simbolizar, para Eduardo Nicol "lo que el hombre es y todo lo que hace se **explica** por la expresión: **es** expresión". Y el planteamiento de Nicol se refiere precisamente a la simbolización como elemento esencial del proceso comunicativo. Dice que, en principio, toda significación resulta "simbólica", lo cual

⁶¹ Jorge E. Aceves Lozano (1998), "La historia oral y de vida: del recurso técnico a la experiencia de investigación", en **Técnicas de investigación en sociedad, cultura y comunicación**, Op. Cit., p. 228.

⁶²F. Böckelmann (1983), **Formación y funciones sociales de la opinión pública**, Ed. Gustavo Gili, p. 203.

quiere decir “dialógica”. Así, la “virtualidad” de significación de los símbolos no dependen únicamente de su relación con la cosa que ha sido significada, sino más bien de la “operación comprensiva”, que es en realidad una “co-operación” de quienes participan en la operación del diálogo. Porque

“Toda forma de diálogo es como un contrato existencial...significa también cooperación y contrato, pacto, tratado, reunión y vínculo. El hombre es un ser que existe contractualmente con su semejante; crea múltiples formas simbólicas de vinculación con él, mediante la comprensión común, no sólo porque con el símbolo efectúan ambos una referencia unívoca a la realidad común significada, sino porque la comunicación revalida el nexa contractual constitutivo”.⁶³

De otro lado, sobre el mecanismo básico de funcionamiento de la comunicación interpersonal, y basada en los modelos de Wilbur Schramm, la investigadora Florence Toussaint ha planteado que en el diálogo o en el intercambio comunicativo entre dos individuos

“el papel del comunicador le corresponde al primero que emite el mensaje; si el segundo individuo descifra la señal, cumplirá la función de preceptor o descifrador; pero si este mismo responde a su vez al mensaje y es captado y descifrado por el otro, la comunicación se convertirá en un proceso dialéctico, que hará de cada uno de ellos... un comunicador y un preceptor en sí mismos”.⁶⁴

El proceso, empero, no queda en general exclusivamente en tales marcos. Ocurren varios fenómenos internos, relacionados con el ambiente y el contexto social, en lo que, en parte, tiene que ver con un proceso necesaria u obligadamente “creativo”. Antonio Paoli explica que los receptores habrán de interpretar siempre. Y es que, dice, las tradiciones pueden rehacerse, y se rehacen, desde una nueva intencionalidad y desde una nueva voluntad de acción: “desde una nueva forma simbólica”. De manera tal que las cosas y los hechos previos o anteriores llegan a

⁶³ Eduardo Nicol (1974), **Metafísica de la expresión**, Ed. FCE, México, p. 228.

⁶⁴ Florence Toussaint, **Op. Cit.**, p. 21.

interpretarse de forma novedosa. Y en virtud de que los sujetos sociales no constituyen o no son una organización ni tampoco un segmento o grupo específico de pronto llegan a encontrarse implicados en relaciones

“nunca antes vistas: novedades en el mercado, en la vida pública o climática, pueden presentarse ante ellos y sus modos de respuesta tienden a cambiar aceleradamente. Generan nuevos patrones de identidad, se alían y movilizan como nunca antes lo habían hecho. Junto con estas modalidades generan formas simbólicas peculiares mediante las cuales redefinirán los significados de su acción y su sentido”.⁶⁵

En este sentido, Thompson establece que la comunicación interpersonal, o lo que él denomina como "intracción cara a cara", tiene verificativo en un contexto de **co-presencia**, y posee un carácter, como lo anotaba Nicol, precisamente dialógico. Así, los participantes comparten un sistema de referencia espacio-temporal común. Hay un flujo de información y comunicación bi-direccional, de ida y vuelta, además de que los involucrados utilizan una **multiplicidad de señales simbólicas** de varios tipos. Las palabras, agrega el autor, pueden ser reforzadas o apuntaladas simbólicamente por medio de "guiños" y "gestos", frunciendo "el ceño" o "sonriendo", o bien cambiando el tono de la voz y otras cuestiones similares, que pueden ser ademanes o posturas corporales. De tal suerte que los participantes, precisa Thompson, están de forma constante, entre la rutina de la acción, implicados, por ejemplo, en “comparar” las distintas expresiones y señales simbólicas y significativas que usan normalmente los hablantes, las cuales son usadas precisamente para disminuir la ambigüedad, así como para redefinir la comprensión de los mensajes. Y si acaso los que participan “detectan” inconsistencias, o por ejemplo “señales” que no se corresponden entre sí, pueden ocurrir una serie de dificultades que incluso amenazarían la interacción hasta poner en “tela de juicio” la sinceridad del hablante.

⁶⁵ Antonio Paoli (2002), **Comunicación y juego simbólico: relaciones sociales, cultura y procesos de significación**, Ed. Umbral, México, pp. 336-338.

Empero, el acto de comunicación “cara a cara” implica de antemano una voluntad de vinculación y hasta de “complicidad” que en un momento dado puede llegar a ser mutua. En general los hablantes “cara a cara” que se enfrascan en una relación comunicativa pueden compartir valores, conocimientos o creencias de un bagaje y un patrón cultural parecido o común, lo cual les permite precisamente intercambiar hallazgos, ideas, información, datos, impresiones, sentimientos y emociones. Y es que la conversación, apunta un investigador, funge como una especie de “lubricante social”. En este sentido, y sustentado en varios autores, Francisco Sierra señala que los intercambios verbales se caracterizan por su “dialogicidad”. Y en su “naturaleza interactiva”, su principal atributo estriba en el carácter de “**destinado**”, que es “modulado” o regulado implícitamente por la presencia explícita del “**destinatario**”. De tal manera que la idea o la concepción de que el destinatario

“está presente en el mensaje, antes incluso de que el emisor codifique su discurso, afirma el hecho compartido de la comunicación. El habla modifica la situación de los hablantes, produce un efecto sobre los interlocutores (modifica el contexto existencial). Pues, es en el acto del habla cuando transformamos nuestra conciencia reformulando la identidad del **yo** a través del **otro**”.⁶⁶

Junto a ello, dice el autor, colocarse como parte de la conversación dialógica, expresarse a sí mismo con el otro, a través de las problemáticas o temas en cuestión que se disciernen en el intercambio comunicativo, constituye un acto no sólo de afirmación y reafirmación personal, sino que también sería como “alimentarse” recíprocamente con palabras y gestos para arribar a la relajación. Todo diálogo, anota, es un ejercicio vital que “libera” y “condensa” energías. De hecho significa

⁶⁶ Francisco Sierra (1998), “Función y sentido de la entrevista cualitativa en investigación social”, en *Técnicas de investigación en sociedad, cultura y comunicación*, Op. Cit., pp. 294-296.

una “descarga mutua” de tensiones y desempeña una “función catártica de adaptación”.

Thompson va más allá y extiende el análisis de la relación interpersonal hacia los nexos de ésta con la comunicación de masas. Debe tomarse en consideración que el derrotero y el desarrollo de la comunicación mediática ha sido, en un sentido primordial, una "reelaboración" de los fondos temáticos, del contenido y del carácter de la vida social; se trata de una "reorganización" de las formas, en las cuales tanto el contenido como la información “simbólicas” se producen, generan e intercambian en la esfera social, y se registra una necesaria “reestructuración” de las maneras y los estilos en que los individuos se forman y vinculan “unos con otros y consigo mismos”. De modo que,

“Si "el hombre es un animal suspendido en tramas de significado que él mismo ha urdido", como Geertz remarcó en cierta ocasión, entonces los medios de comunicación constituyen las ruedas del mundo moderno y, al utilizar estos **media**, los seres humanos se convierten en fabricantes de tramas de significado para consumo propio".⁶⁷

Además, y en gran medida, explica el autor, las reglas y convenciones que guían y conducen a buena parte de las acciones e interacciones en los ámbitos sociales son “implícitas”, y que pueden definirse al mismo tiempo como “**esquemas flexibles**” que posibilitan la orientación de los individuos en su vida cotidiana. Tales esquemas no fungen como motores o banderas explícitas para la acción, sino que forman parte latente de sus hábitos de comportamiento y los individuos los ejecutan y los ponen en práctica de forma implícita. Se trata, en realidad, de condiciones de “acción e interacción” diferenciadas, inculcadas previamente, las cuales son factibles de ampliación y adaptación, de acuerdo a las circunstancias sociales, que en un momento determinado pueden ser novedosas en algunos aspectos. Tales condiciones se “realizan y reproducen” prácticamente en cada ocasión que el

⁶⁷ John B. Thompson (2002), **Ideología y cultura moderna...**, Op. Cit., p. 26

individuo ejecuta una acción. Por ejemplo, cuando el individuo en sus relaciones habituales de comunicación

“emite una expresión verbal, hace un gesto, compra y consume comida, viste y arregla su cuerpo para presentarse ante los demás... De aquí que la aplicación de las reglas y esquemas no pueda ser comprendida como una operación mecánica, como si las acciones estuvieran determinadas rígidamente por ellas. Más bien...es un proceso creativo que con frecuencia implica algún grado de selección y juicio”.⁶⁸

Los intercambios “cara a cara” son los mecanismos primordiales de la acción y la vida social. Dice un autor: “pronunciar una expresión es ejecutar una acción” (Austin). Y son fundamentales tales intercambios, no sólo por lo que entraña su constancia práctica y su cotidianeidad, sino porque existen ciertas condiciones, como el espacio, que posibilita el uso de otras formas comunicativas que reiteran y fortalecen los mensajes directa y cercanamente emitidos; el tiempo real de la realización de la conversación plasma precisamente impresiones de realidad y concreción; e interviene el factor “confianza”, que en la cercanía emotiva y sensible puede permitir que los intercambios del coloquio sean aceptados sin tantas reticencias, peros u objeciones, negaciones o negociaciones, como ocurre con los flujos de la comunicación mediática. Aunque, claro, ello no implica la asimilación sin más de las ideas que se comparten bajo la esfera privada o particular de la comunicación interpersonal. Explica Thompson, en el trabajo en que discierne con mayor especialización en torno a los medios y el discurso (**Los media y la modernidad. Una teoría de los medios de comunicación**), que si el proceso comunicacional “es una forma de acción”, su análisis y su estudio deben sustentarse, al menos en cierta parte, en el estudio de “la acción”, así como en una “explicación” de su carácter socialmente contextualizado, es decir, como parte de un proceso social e histórico que tiene que ver con una sociedad específica. La vida social está

⁶⁸ **Ibid**, pp. 221-222.

integrada por individuos que construyen y realizan objetivos y propósitos de distintos tipos. Y en el cometido, éstos

“siempre actúan dentro de un conjunto de circunstancias previamente establecidas, y que ofrecen a los individuos diferentes inclinaciones y oportunidades. Estas circunstancias pueden concebirse como “campos de interacción”, para utilizar un término fructíferamente desarrollado por Pierre Bordieu”.⁶⁹

Por ello, explica el sociólogo y estudioso de la comunicación mediática, en primer término debería verse a la recepción precisamente como una actividad social. No como una función pasiva del hombre, sino como una práctica en la que “los individuos se implican y trabajan con los materiales simbólicos que captan”. Durante el proceso de recepción, aquéllos usan los materiales simbólicos para sus particulares o propios objetivos y propósitos, en formas que pueden ser “extraordinariamente” variadas, aunque también relativamente “ocultas” en virtud de que las prácticas de interrelación social no se limitan o circunscriben a ningún lugar en particular. La producción “fija” ciertos contenidos simbólicos en un sustrato o receptáculo material, mientras que la recepción los “suelta” y los libera al deterioro de la acción y del paso del tiempo. Esta orientación implica, además, que la recepción es una actividad situacional, porque los artículos mediáticos de consumo constituyen objetos de recepción de los individuos que permanentemente se encuentran ubicados, en cualquier ámbito o acción de la vida, en ámbitos contextuales y sociohistóricos específicos. Y por si fuese poco, en tanto que

“la recepción es siempre una actividad situacional, también es una actividad que permite a los individuos distanciarse de los contextos diarios. Al recibir materiales que implican un grado sustancial de distanciamiento espacial (y quizá también temporal), los individuos

⁶⁹ John B. Thompson (1998), **Los media y la modernidad. Una teoría de los medios de comunicación**, Ed. Paidós, Barcelona, pp. 27-28.

pueden escaparse de su propio contexto, y por un momento, perderse en otro mundo”.⁷⁰

Irse a “otro mundo” implicará, entonces, la traslación subliminal por las vías mediáticas de la comunicación, en donde los individuos pueden forjar sueños, situaciones, aventuras y castillos de aire, y que pueden ser, acaso, y momentáneamente, episodios y sentimientos gratificantes, o en su defecto, diferentes desde su naturaleza imaginaria, más allá del tiempo y más allá del espacio personal. Pero en el advenimiento o la vuelta a la vida real, de nuevo, podrían aparecer la frustración o simplemente la resignación, tras la secuela de las experiencias imaginadas por intermediación de las vías o los conductos de la comunicación. Por lo pronto, sin embargo, los medios pudieron haber hecho posible una vida o por lo menos una visión pasajera, ilusoria, fugaz, momentánea, en torno a otros mundos y realidades.

⁷⁰ **Ibid**, p. 63.

3.-Los *media* y su dimensión simbólica.

Más allá del esquema esbozado, y de la importancia que revisten y que han tenido los medios y los diversos modos de comunicación en el delineamiento, la conformación y difusión del fenómeno del narcotráfico, así como su asimilación, reinterpretación y reformulación por parte de grupos, segmentos y sectores sociales de Sinaloa, lo cierto es que, como asienta Thompson, la comunicación mediática "posee una dimensión simbólica irreductible: se ocupa de la producción, almacenamiento y circulación de materiales **significativos para** los individuos que los producen y los reciben" ⁷¹. Porque, agrega el teórico inglés, resulta usual y fácil perder la perspectiva de esta dimensión simbólica para resaltar los aspectos técnicos de los medios, que son importantes, pero que no deberían diluir, oscurecer u ocultar las cuestiones de fondo, los asuntos en verdad relevantes, simbólicos y significativos, en tanto que la comunicación siempre es una acción o un fenómeno social contextualizado: siempre forma parte de contextos sociales estructurados de múltiples formas, los que, a su vez, ejercen una influencia innegable, inevitable y efectiva, en tanto que condicionan, también, dialéctica y estructuralmente, a la industria de la cultura y, por ende, a la comunicación mediática.

En este sentido, y por vías diversificadas, desde y con diferentes medios de comunicación, se ha venido gestando, reiterando y recreando una percepción respecto al narcotráfico, y que creció y maduró en un contexto social que puede verse como causa y efecto, factor, realidad y reflejo dialéctico, al mismo tiempo, de la expansión y magnificación de la problemática. Los medios y la comunicación constituyen aspectos y facetas notables de la intrincada red cultural que se ha tejido y configurado en torno a la amplia concatenación de la producción, distribución y consumo de las drogas ilícitas. Puede observarse una relación dialéctica, en suma, del mundo social, el objeto problema, la acción social y diversas instituciones

⁷¹ Thompson, *Ibid*, p. 26.

públicas y privadas, entre las cuales destacan las de la comunicación, y que al final se ha traducido, en los ámbitos propios de la percepción social, en la configuración histórica de los diversos rostros o aspectos de esta esfera particular de la transgresión o la desviación social.

Para analizar y estudiar el narcotráfico como un fenómeno cultural, político, social e históricamente estructurado, consideramos como necesario y pertinente poner de relieve los planteamientos de John B. Thompson en torno al papel de los media en la sociedad contemporánea, en los cuales desarrolla su proposiciones metodológicas, a las que define como un método estructural para el estudio de la cultura. En el libro **Los media y la modernidad. Una teoría de los medios de comunicación**, ligado estrechamente a su trabajo previo **Ideología y cultura moderna. Teoría crítica social en la era de la comunicación de masas**, describe, desarrolla y explica los fundamentos de sus propuestas teóricas y analíticas. De inicio, destaca cinco características ⁷² de la comunicación mediática:

- 1.- La comunicación de masas implica ciertos medios de producción y difusión técnicos e institucionales. El desarrollo de la comunicación de masas resulta inseparable del desarrollo de las **industrias mediáticas**.
- 2.- La explotación comercial de las innovaciones técnicas. En la producción para el consumo de formas simbólicas, ocurre una “valoración” de dos tipos: “valoración simbólica” y “valoración económica”. Se trata de **bienes para el consumo** que elogian o vilipendian y que, por supuesto, pueden venderse o adquirirse.
- 3.- Se instituye una ruptura estructurada entre la producción de formas simbólicas y su recepción. Los bienes simbólicos se producen en contextos específicos y se transmiten a destinatarios en contextos lejanos y diversos.
- 4.-Se extiende la disponibilidad de las formas simbólicas en el espacio y el tiempo. Los mensajes mediáticos están disponibles en contextos alejados donde se produjeron originalmente.
- 5.-La circulación pública de las formas simbólicas. Están disponibles para una pluralidad de receptores y poseen un carácter **público** intrínseco.

⁷² Thompson (1998), **Los media y la modernidad. Una teoría de los medios de comunicación**, Ed. Paidós, Barcelona, pp. 47-52.

El autor, al mismo tiempo, ubica tres tipos de relación socioculturales de interacción que, con el desarrollo tecnológico de los mass-media han transformado de manera profunda los intercambios comunicativos de la sociedad y de los individuos: la “interacción cara a cara”; la “interacción mediática”; y la “casi-interacción mediática”⁷³.

1.- En la “interacción cara a cara” los involucrados en la conversación directa y dialógica, comparten precisamente un espacio temporal común y se efectúa en un contexto de “**co-presencia**”. Los participantes, en el flujo de información bidireccional, de ida y vuelta, utilizan, además, una diversidad de “**señales simbólicas**”; esto permite, en la reiteración comunicativa que se dirime en un espacio y un tiempo común de los dialogantes, una eficaz capacidad expresiva en torno a los mensajes.

2.- Respecto de la “interacción **mediática**”, ésta implica el uso de medios técnicos que posibilitan la transmisión de información o contenido simbólico a individuos que están en sitios distantes (a través de cartas, teléfono, fax, etc.). Se extiende a través del espacio y el tiempo. Es decir, tiene lugar, este tipo de comunicación, en contextos que son espacial y/o temporalmente distintos.

3.- La “casi-interacción mediática” es la que tiene que ver con la llamada comunicación de masas, que se realiza a través de libros, periódicos, radio, televisión. La comunicación, evidentemente, no se establece con sujetos específicos. Los receptores son indefinidos y potenciales. Posee un carácter monológico, y es, de hecho, unidireccional. No tiene, este tipo de interacción, el grado de reciprocidad y las especificidades interpersonales de la “interacción cara a cara” ni de la “interacción mediática”. Sin embargo, constituye una forma de interacción, en la medida en que “crea cierto tipo de situación social en la que los individuos se

⁷³ **Ibid**, pp. 116-119.

conectan unos con otros en un proceso de comunicación de intercambio simbólico”. Se trata, en suma, de una situación estructurada en la que algunos elaboran formas simbólicas para otros que no están físicamente presentes. Y a pesar de la distancia y del tiempo, pese a los contextos diferenciados, pueden hasta establecerse lazos de amistad, afecto o lealtad.

Resultan evidentes los tejidos múltiples que se establecen entre distintos ámbitos de la sociedad ante la aparición y formulación de los hechos y fenómenos de la cultura. Por supuesto, en primer término, los vínculos entre industria, tecnología y cultura han potenciado el papel y las funciones expansivas de la comunicación mediática, que en la actualidad ha alcanzado niveles de desarrollo que resultan cruciales para la vida social en su conjunto. Entre los fines implícitos y explícitos de la industria cultural, los aspectos simbólicos, ideológicos y culturales, y los aspectos económicos y materiales se encuentran entrelazados, y dada la lógica de la sociedad capitalista, difícilmente pueden separarse; ambos aspectos van de la mano en la consecución de los objetivos que terminan por reiterar y fortalecer la ideología del establishment o del sistema, regido por un mercado que en el atizamiento o despliegue masivo de las formas ideológicas está afianzando al mismo tiempo los modelos mercantiles, las propuestas específicas de lucro y consumismo y en general las estructuras económicas capitalistas.

Los bienes o los artículos culturales, surgidos muchas veces como proposiciones populares, suelen ser sometidos a un proceso de reformulación desde los enclaves y las corporaciones de la industria cultural, para reciclarlos en el llamado libre mercado y dirigirlos hacia contextos sociales diferenciados, con lo cual se distancian los polos de la producción, la emisión y la recepción. Pero al mismo tiempo los productos pueden ser adquiridos y asimilados, en un momento dado, por públicos de diversas latitudes, con lo que se expanden social y

culturalmente las imbricaciones e hibridaciones simbólicas, en tanto que, además, los artículos están disponibles, potencialmente, para la sociedad en su conjunto.

Mediante todo este procedimiento global, los patrones culturales se extienden y fortalecen, a partir de la puesta en circulación y publicitación de los productos de la industria de la cultura, con todo y sus componentes y cargas ideologizadas, que en un momento fueron configurados en contextos sociales e históricos específicos. En relación a esta cuestión, explica el teórico alemán Frank Böckelmann que la comunicación mediática “contribuye” a una determinada “uniformidad cultural”, pero ésta no implica la eliminación o supresión de la diferenciación y estratificación social de las clases y las condiciones sociales. Por el contrario, anota, “estas diferenciaciones dependen justamente de la uniformidad”⁷⁴.

En este sentido, dice por su parte Miguel de Moragas, la interrelación existente entre cultura y medios de masas se produce, en cada país o en cada región, de manera distintiva. La masificación mediática ha transformado los sistemas de transmisión cultural y ha introducido cambios importantes, de espectacular notoriedad, en los contenidos culturales, los cuales terminan por homogeneizarse. Y un aspecto también relevante, dice el autor, estriba en que la comunicación de masas es “distinta” cuando lo son los medios particulares de comunicación que se utilizan, dado que se afecta la estructura de los distintos elementos que intervienen en el proceso⁷⁵.

Por otra parte, es pertinente destacar que la cuestión de la recepción de los artículos y los mensajes de los mass-media constituye, en esencia, un “**proceso hermenéutico**”, acota Thompson. Los individuos perceptores se ven envueltos e interiorizados en un complejo procedimiento interpretativo por medio del cual le

⁷⁴ Frank Böckelmann (1983), **Op. Cit.**, p. 206.

⁷⁵ Miguel de Moragas (1984), **Op. Cit.**, pp. 71-73.

otorgan “sentido” a los contenidos de los productos culturales. Agrega el autor que la interpretación, como diría Gadamer, no es precisamente una actividad exenta de presuposiciones. Es una acción viva,

“un proceso activo, creativo, en el que el intérprete lleva consigo una serie de supuestos y expectativas para tratar con el mensaje que él, o ella, trata de entender. Algunas de estas asunciones y expectativas pueden tener un carácter personal, esto es, exclusivo de las particularidades históricas propias de cada individuo”.⁷⁶

En esta idea, desde la perspectiva de la Escuela de Birmingham, David Morley dice que en lo concerniente al ámbito de las interpretaciones, el problema no se circunscribe sólo a las diferenciadas y diversificadas psicologías individuales, personales, sino además a la cuestión de las distinciones entre individuos ubicados en diferentes planos sociales y en distintas subculturas, y con variados antecedentes socioeconómicos. En otros términos, ante la interpretación de un hecho o de un mensaje, siempre tendrán incidencia en las formas de la recepción las distinciones individuales, de éstas que podrían enmarcarse por las diferencias culturales.

“La diferencia entre nuestras respuestas a ese mensaje debe relacionarse también con nuestros distintos bagajes sociales, con la forma en que nos proporcionan diferentes tipos de herramientas culturales, diferentes marcos conceptuales mediante los cuales podemos relacionarnos con los medios”.⁷⁷

De manera que, en diversas ocasiones, los supuestos, asunciones y expectativas que el receptor pone en juego durante la interpretación, tienen, de suyo, un diversificado carácter social e histórico. Durante el complejo proceso de interpretación, el individuo recibe, percibe, capta, analiza el flujo de la información

⁷⁶ John B. Thompson (1998), **Los media y la modernidad...**, Op. Cit., pp. 64-65.

⁷⁷ David Morley, citado por José Carlos Lozano (1996), **Teoría e investigación de la comunicación de masas**, Op. Cit., pp. 192-193.

y de los datos, y coteja los elementos con base en su propia experiencia, y a la postre determina qué aspectos cumplen con sus expectativas personales. En un momento determinado la decodificación y en su caso la asimilación o interiorización de los mensajes tendrá qué ver con la historia y la experiencia de vida particular del individuo, durante un proceso en el que no siempre el hecho o el fenómeno interpretativo será una acción consciente y clara para quien la lleva a cabo y la tramita. Sin embargo, el sujeto social se inserta, durante la acción, en un imbricado tejido contextual de relaciones simbólicas.

Thompson refiere que en la tradición hermenéutica existe un aspecto por demás relevante, y explica que al interpretar las formas simbólicas, los individuos llegan a incorporarlas y asimilarlas dentro de la comprensión de sí mismos y de los demás. Y llegan a usarlas como una especie de “vehículos” o mecanismos para “reflejarse” a sí mismos y a los otros; como base, bagaje y sustento para reflexionar en torno a ellos mismos, pero también sobre los otros, sobre los demás, sobre el mundo y el entorno al cual pertenecen y se encuentran adscritos vitalmente. El autor utiliza el término “apropiación” para aludir al proceso de “comprensión” y “autocomprensión”. Y anota:

“Apropiarse de un mensaje consiste en tomar su contenido significativo y hacerlo propio. Consiste en asimilar el mensaje e incorporarlo a la propia vida... Cuando nos apropiamos de un mensaje lo adaptamos a nuestras vidas y a los contextos en los que vivimos”.⁷⁸

En la apropiación o adjudicación de los bienes culturales, las formas o los materiales simbólicos, los individuos toman cierta distancia de sus propias vidas cotidianas, de manera también simbólica, en los planos del imaginario cultural. Los sujetos sociales aprenden a obtener nuevas concepciones de condiciones y hábitos de vida que pueden diferir de sus prácticas particulares. Se trata de la “distanciación

⁷⁸ Thompson (1998), **Los media y la modernidad...**, Op. Cit., p. 66.

simbólica”, y llegan a obtener hasta una “perspectiva crítica sobre las interpretaciones oficiales de la realidad social y política”, tanto en los ámbitos geográficos de su cercanía, como en otros países, regiones y latitudes.

Sin embargo, arguye Thompson, en el proceso de apropiación de los artículos mediáticos, se genera una “fuente de tensión y conflicto potencial”, en parte porque tales productos pueden transmitir y mostrar escenarios, imágenes e ideas que podrían confrontarse con los valores propios de los estilos de vida tradicionales, los cuales forman parte del hábitat particular y original del perceptor. Aunque, igualmente, en tal discordancia y diferenciación podría encontrarse parte del “atractivo” de la comunicación; de ésta que contribuye, en la vida diaria, a que los individuos aprendan a tomar distancia, a imaginar alternativas, a pensar en nuevos modelos, a valorar nuevos esquemas de existencia y a cuestionar, abierta y subliminalmente, las acciones, las prácticas y los hábitos tradicionales de sus lugares de origen y de sus contextos socioculturales específicos.⁷⁹

En este sentido, dice el autor, las tradiciones han sido transformadas en la medida en que sus peculiares contenidos simbólicos se fueron “adhiriendo” a las novedades sociales y culturales, y en virtud de que se fueron vinculando a los nuevos medios de comunicación, los cuales constituyen o poseen la virtud de ser y ejercer una “movilidad multiplicadora” de la experiencia y la acción. Y a través de mecanismos como la “empatía”, que puede guiarlos o conducirlos hacia nuevas situaciones, vivencias y formas culturales, los sujetos llegan a distanciarse de sí mismos, de sus normas y patrones tradicionales, vía la imaginación, en lo que ha entrañado un amplio derrotero de progresiva desritualización. De tal manera que, en los hechos, con la **mediatización** los ritos sociales y culturales y las tradiciones han devenido en un nuevo funcionamiento y han adquirido una “nueva vida”. En consecuencia, con la masificación mediática la tradición en general ha sufrido una

⁷⁹ **Ibid**, pp. 233-234.

transformación fundamental y ha sido progresiva y paulatinamente “liberada” de los corsés, limitaciones y círculos estrechos de la comunicación factual o interpersonal, con lo que adquirió novedosos rasgos y nuevas y distintivas características. De tal suerte que, en este sentido,

“La tradición se desritualizó; perdió sus lazos con la experiencia de la vida cotidiana de las personas. Sin embargo, el desarraigo de las tradiciones no les privó del sustento... preparó el camino para ampliarlas, renovarlas y reincorporarlas en nuevos contextos y unidades espaciales que se encontraban más allá de los límites de la “interacción cara a cara”.⁸⁰

En esta idea, las prácticas comunicativas de la población de una región determinada, como la del estado de Sinaloa, o de un estrato social específico, como el de ciertos grupos y actores sociales inmiscuidos, en su caso, en la producción y el tráfico de las drogas ilícitas, han sufrido cambios o adecuaciones en sus hábitos y formas de interacción. En las zonas de producción de enervantes los contrastes entre los diversos “mundos” son harto evidentes y relevantes. Frente a los mecanismos tradicionales del intercambio cercano, íntimo, en donde suelen convivir el rumor, los códigos particulares y una constante gesticulación para obtener y transmitir información, se observan elementos de la modernidad como los aparatos celulares y de radios de circuitos restringidos, que son instrumentos técnicos de primer orden para la realización de las actividades propias del negocio de las drogas. Y no sólo eso, sino que incluso, en ocasiones, son utilizadas estaciones de radio, en sus emisiones abiertas, para emitir mensajes en clave para inciertos pero específicos receptores, de la ciudad a la sierra y viceversa. Ha sido el caso de la estación radiofónica de la población de Guasave, en el centro norte del estado, identificada como XE-ORO, la cual ha sido frecuentemente utilizada por diversos individuos para enviar mensajes que presuntamente son codificados en clave, aunque no necesariamente sean diseñados por la estación, sino por el público. Dice Thompson:

⁸⁰ **Ibidem**, pp-238-239.

podríamos comprender las aparentes contradicciones y las paradojas que revelan tradición y modernidad,

“centrándonos en la siguiente consideración: el declive... de los fundamentos tradicionales de la acción no significa el cese de la tradición, sino más bien signos de un cambio en su naturaleza y papel, en la medida en que los individuos depositan progresivamente su confianza en tradiciones **mediáticas** y desubicadas como medios de dar sentido al mundo y crear su sentido de pertenencia”.⁸¹

Como ilustración de esta mixtura sociocultural, en el lenguaje peculiar del ámbito del tráfico de drogas, frases lanzadas al aire, a través de la radio, como por ejemplo, “Ese “Jorobas”, que se reporte”; “Pasen por la carga del Mular”; o bien “Ya está lista la sardina” y “Ya llegó la macoca”, pueden ser mensajes cifrados, en clave, dirigidos a receptores específicos, que se han escuchado a través de ciertos medios radiofónicos, y que de acuerdo a un entrevistado de los rumbos de Guasave, y conocedor del coloquio regional --Cesáreo Morales--, son señales que constituyen avisos, informes, entre diversos miembros de los grupos y cofradías dedicadas al cultivo o el tráfico de estupefacientes. “Ya se rompió el “aparcia” (ixtle de camastros o catres), compas”, querría decir que la cosecha se encuentra lista. Y también: “Ya traigan la lona”, significa que ciertos grupos, por ejemplo sembradores en lo recóndito de la montaña, tienen diferentes necesidades, como de alimentación o de herramientas.

El intercambio de recados igualmente se da, a través de sistemas de radio, entre los choferes que recorren las carreteras del norte del país. Algunos son conocidos como “Los reyes del camino”, que permanecen en constante comunicación, para avisar de sus rumbos y situación particulares, sitios en los que en ese momento se encuentran y como medidas de precaución y prevención en sus largas rutas de transportación. Pese a la utilización de algunos medios públicos e

⁸¹ **Ib**, p.247.

instrumentos tecnológicos de comunicación, el secreto sigue siendo un aditamento esencial, la cual enmarca a toda la actividad: constituye el marco primordial, básico, fundamental, para el funcionamiento exitoso, en general, de toda la industria del narcotráfico, no sólo de Sinaloa y México, sino de todo el mundo. Y de tal condición derivan, en consecuencia, las dimensiones de notoriedad que adquieren los hechos que se descubren, los acontecimientos que se desvelan, se destapan y se revelan mediáticamente en el submundo de la transgresión.

Thompson argumenta que tales escándalos se hacen notorios cuando las acciones hasta entonces mantenidas guardadas, ocultas, en secreto y bajo subterfugios diversos, y que pueden ser realizadas y concretadas con éxito sólo en función de que se mantengan ocultas, en el anonimato y en la secrecía, pierden precisamente su eficacia cuando de pronto son súbitamente reveladas y publicitadas como acciones transgresoras a través de los medios de comunicación. Y es que, apunta el teórico inglés, el “secretismo” en ese tipo de labores o actividades resulta consustancial para sus normatividades internas y para la obtención de los mayores beneficios y rendimientos económicos. El secretismo, con sus códigos y normas, su silencio, su oscuridad y sus penumbras, “deviene esencial” para la existencia, la permanencia y la razón de ser de las cofradías y sus acciones y prácticas ilegales:

“si los individuos que llevan a cabo la actividad hubieran manifestado abiertamente lo que querían conseguir, no podrían llevar a cabo sus planes. Por otra parte, la revelación pública, generalmente a través de los **media**, del hasta ahora secreto o actividad encubierta es constitutiva de su carácter de escándalo. Esta revelación hace visible una actividad que no podría llevarse a cabo abiertamente y que, al convertirse en visible, da lugar al conocido escándalo público”.⁸²

Dada la magnitud de los intereses en juego de la industria del tráfico de drogas prohibidas, su condición y sus características de negocio y actividad “de

⁸² Thompson, *Ibid*, p. 193.

escándalo” tiene que ver precisamente con el hecho de que se trata, en primer término, de una actividad prohibida por las normas y reglas hegemónicas de la sociedad. Luego, y a pesar de que los detalles íntimos de la organización, funcionamiento, instrumentación y manejo del negocio en sus diferentes fases se mantienen fundamentalmente lejos del escrutinio y de la mirada pública, aspectos, datos y anécdotas diversos poco a poco van siendo motivos de filtración, para conocimiento de más amplios grupos y sectores de la sociedad. En lo que tiene que ver con la polisemia cultural, en donde construcciones ideológicas de ciertos sectores subalternos llegan a oponerse, de algún modo, a la ideología dominante, se producen recepciones y significados que resisten la amplitud y la fuerza masificada de los mensajes mediáticos hegemónicos. En este caso, se crían, gestan y esparcen los rumores y las versiones en torno al negocio de las drogas, en lo que constituye la **doxa** comunicacional, o un cierto nivel de conocimiento popular, básico o elemental sobre las dimensiones de la problemática. Sobre este sustento informativo, cargado y sesgado muchas veces por la mitología popular, por las creencias y hasta por intereses mediáticos, van construyéndose las imágenes, los escenarios y las versiones ampliadas, populares y masificadas, en torno a lo que ocurre y se dirime en los fondos, en este caso, de la producción, distribución y consumo de las drogas.

Referencias (Capítulo I)

- 1.-Max Horkheimer y Theodor Adorno (1969), **Dialéctica del iluminismo**, Ed. Sudamericana, Buenos Aires.
- 2.-Herbert Marcuse (1981), **El hombre unidimensional**, Ed. Joaquín Mortiz, México.
- 3.-Chaim S. Katz, F. A. Doria y Luiz Costa Lima (1980), **Diccionario básico de comunicación**, Ed. Nueva imagen, México.
- 4.-Jesús Bartín-Barbero (1987-A), **Procesos de comunicación y matrices de cultura**, Ed. FELAFACS-Gustavo Gili, México.
- 5.-Jesús Martín Barbero (1987-B), **De los medios a las mediaciones. Comunicación, cultura y hegemonía**, Ed. Gustavo Gili, México.
- 6.-Daniel Bell (1989), **Las contradicciones culturales del capitalismo**, Alianza-CONACULTA, México.
- 7.-John Tomlinson, (2001), **Globalización y cultura**, Ed. Oxford University Press, México.
- 8.-Abraham A. Moles (1978), **Sociodinámica de la cultura**, Ed. Paidós, Buenos Aires.
- 9.-Salvador Giner (1998), **Sociología**, Ed. Panínsula, Barcelona.
- 10.-George Peter Murdock (1997), **Cultura y sociedad**, FCE, México.
- 11.-John B. Thompson (2002), **Ideología y cultura moderna. Teoría crítica social en la era de la comunicación de masas**, Ed. Universidad Autónoma Metropolitana, México.
- 12.-John B. Thompson (1998), **Los media y la modernidad. Una teoría de los medios de comunicación**, Ed. Paidós, Barcelona.
- 13.-Clifford Geertz (1997), **La interpretación de las culturas**, Ed. Gedisa, Barcelona.
- 14.-Gilberto Giménez (1994), “La teoría y el análisis de la cultura”, en **Metodología y cultura**, Ed. CONACULTA, México.
- 15.-Gilberto Giménez (1999) “La importancia estratégica de los estudios culturales en el campo de las ciencias sociales”, en **Pensar las ciencias sociales hoy**, Ed. ITESO, Tlaquepaque, Jalisco.
- 16.-Eduardo Nicol (1974), **Metafísica de la expresión**, FCE, México.
- 17.-Renée de la Torre (1997), “La comunicación intersubjetiva...”, en **Comunicación y sociedad**, No. 30, Ed. Universidad de Guadalajara, Guadalajara, México.
- 18.-Michel Foucault (1987), **La arqueología del saber**, Ed. Siglo XXI, México.
- 19.-Pierre Bordieu (1999), **Meditaciones pascalianas**, Ed. Anagrama, Barcelona.
- 20.-Pierre Bordieu (1998), **La distinción**, Ed. Taurus, Madrid.
- 21.-Agnes Heller (1987), **Sociología de la vida cotidiana**, Ed. Península, Barcelona.
- 22.-Josexta Beriain (1998), “Hermenéutica sociológica”, en **Diccionario de hermenéutica**, Ed. Universidad de Deusto, Bilbao.

- 23.-Octavio Ianni (2001), "La violencia en las sociedades contemporáneas", en **Metapolítica**, No. 5, enero/marzo, México.
- 24.-Miguel de Moragas (1984), **Teorías de la comunicación**, Ed. Gustavo Gili, Barcelona.
- 25.-Jorge A. González (1994), **Más (+) culturas (s)**, Ed. CONACULTA, México.
- 26.-Jürgen Habermas (1999), **Teoría de la acción comunicativa, I y II**, Ed. Taurus, Madrid.
- 27.-Jürgen Habermas (1981), **Historia y crítica de la opinión pública**, Ed. Gustavo Gili, Barcelona.
- 28.- Julieta Haidar (1994), "Las prácticas culturales como prácticas semiótico-discursivas", en **Metodología y Cultura**, Ed. CONACULTA, México.
- 29.-Jesús Galindo Cáceres (1998), **Técnicas de investigación en sociedad, cultura y comunicación**, Ed. Pearson-Addison Wesley Longman, México.
- 30.-Florence Toussaint (2000), **Crítica de la información de masas**, Ed. Trillas, México.
- 31.-José Carlos Lozano (1996), **Teoría e investigación de la comunicación de masas**, Ed. Pearson-Longman, México.
- 32.-Néstor García Canclini (1999), **Culturas híbridas**, Ed. Grijalbo, México.
- 33.-Antonio Paoli (2002), **Comunicación y juego simbólico: relaciones sociales, cultura y procesos de significación**, Ed. Umbral, México.
- 34.-José Manuel Valenzuela (2002), **Jefe de jefes. Corridos y narcocultura en México**, Ed. Plaza y Janés, México.
- 35.-Jorge E. Aceves Lozano (1998), "La historia oral y de vida: del recurso técnico a la experiencia de investigación", en **Técnicas de investigación en sociedad, cultura y comunicación**, Ed. Pearson-Addison Wesley Longman, México.